ANALISIS CULTURAL DE LA LEYENDA DE LA PATASOLA

FRANCISCO FABIANY MOLINA BUSTOS
MAGISTER EN TERRITORIO, CONFLICTO Y CULTURA

PREFACIO

La tradición oral es uno de los pilares más poderosos de la memoria colectiva y la identidad cultural de los pueblos. En el caso de Colombia, los relatos míticos, especialmente aquellos transmitidos en zonas rurales, han desempeñado un papel fundamental en la configuración de sistemas simbólicos, normas morales, estructuras comunitarias y estrategias de supervivencia sociocultural. Entre estas narrativas, la leyenda de La Patasola se erige como una de las más representativas y polifacéticas del imaginario popular colombiano. No solo por su capacidad de infundir temor o generar asombro, sino también por su riqueza simbólica, su plasticidad adaptativa y su funcionalidad estructural en diversos contextos históricos, sociales, geográficos y afectivos.

Este documento surge de la necesidad de comprender la leyenda de La Patasola no como un mero residuo del folclore rural o como una pieza anecdótica de una tradición que se desvanece en la modernidad, sino como un fenómeno cultural vivo, dinámico y complejo, que sigue operando en múltiples planos de la vida cotidiana de los colombianos. A lo largo de sus páginas se analiza esta figura mítica desde una perspectiva multidisciplinar, que incluye la antropología simbólica, la filosofía moral, la pedagogía conductista, la geografía crítica, la teoría de la transmisión cultural, los estudios sobre capital social y la semiótica de las representaciones sociales.

En este sentido, el documento no se limita a una descripción del mito ni a una recopilación de versiones populares, sino que busca desarrollar un análisis profundo sobre las funciones que La Patasola cumple en la estructuración del tejido social y simbólico colombiano. Se exploran sus dimensiones ético-pedagógicas, sus capacidades de regulación de conducta, sus resonancias emocionales, su potencial como vehículo de identidad territorial y su impacto en las economías culturales contemporáneas, incluyendo su aprovechamiento turístico y su presencia en medios digitales y expresiones creativas actuales.

Cada capítulo aborda una pregunta estructural en torno al rol del mito: ¿Refuerza valores colectivos o impone antivalores? ¿Se adapta a los nuevos medios o se fosiliza en el pasado? ¿Funciona como herramienta de control, como vehículo de enseñanza o como metáfora de justicia ecológica y social? ¿Qué comportamientos premia o castiga? ¿Qué elementos simbólicos contiene y cómo se articulan en un sistema coherente de significación? ¿En qué medida contribuye a fortalecer el sentido de pertenencia territorial, y cómo se vincula con procesos de transmisión cultural y capital social?

La leyenda se analiza también como una matriz narrativa de amplia resonancia filosófica, ética y emocional. Se recuperan conceptos de Aristóteles sobre el justo medio y la prudencia, de Kant sobre el imperativo categórico, del estoicismo sobre el dominio de las pasiones, del utilitarismo sobre las consecuencias sociales de las acciones, y de pedagogos conductistas como Watson, Skinner y Bandura sobre los mecanismos de aprendizaje por refuerzo, imitación y sanción. Desde la teoría de los arquetipos, se lee a La Patasola como una condensación de tensiones civilizatorias, como imagen liminal entre lo humano y lo monstruoso, lo normativo y lo transgresor, lo materno y lo salvaje.

Este trabajo también incorpora una mirada crítica a las condiciones de producción y circulación del mito en la era contemporánea, marcada por la globalización cultural, la digitalización de la experiencia simbólica y la mercantilización de los bienes patrimoniales. Se recurre a las ideas de David Harvey sobre la acumulación por desposesión, así como a las nociones de capital simbólico de Bourdieu y a los análisis de Kirshenblatt-Gimblett y García Canclini sobre la transformación de las tradiciones en mercancías culturales. Así, el texto no idealiza la permanencia del mito, pero sí valora su capacidad de adaptación crítica y su función resiliente en contextos de desplazamiento, violencia, despojo y desarraigo.

El propósito de este trabajo es, por tanto, doble: por un lado, ofrecer una sistematización analítica y argumentada del rol que desempeña la leyenda de La Patasola en la vida simbólica de las comunidades colombianas; por otro, contribuir a la revalorización académica de los mitos populares como fuentes legítimas de conocimiento, educación, cohesión y resistencia cultural. Lejos de ser una superstición del pasado, La Patasola sigue

viva en las voces, los miedos, las artesanías, los festivales, las dramatizaciones, los cuentos digitales y las memorias de generaciones enteras. Su persistencia demuestra que los mitos, cuando están profundamente arraigados en el alma de los pueblos, no mueren: se transforman, se adaptan, resurgen con nuevos rostros, lenguajes y sentidos.

Este prefacio es, entonces, una invitación a leer el mito no desde la condescendencia ni la nostalgia, sino desde la curiosidad intelectual y el respeto cultural. Porque cada aparición de La Patasola —en el relato, en la selva, en la pantalla, en la memoria— no es solo un evento narrativo, sino una revelación simbólica de cómo las comunidades imaginan, regulan y habitan su mundo.

FUNCIÓN SOCIAL DEL MITO

La leyenda de La Patasola, como otras narrativas orales de carácter mítico en América Latina, cumple funciones sociales y culturales profundas en los territorios donde se mantiene vigente. En el caso de Colombia, especialmente en las regiones rurales del Magdalena, Tolima, Antioquia, Chocó, Huila y Valle del Cauca, La Patasola ha operado como un dispositivo simbólico cargado de significados que refuerzan valores colectivos, promueven normas sociales, afirman identidades y regulan conductas. Su carácter mítico no se reduce a una función estética o fabuladora; por el contrario, se inscribe en el entramado simbólico que permite a las comunidades cohesionarse, proyectar sus temores, proteger sus entornos y definir lo que consideran moralmente aceptable o condenable.

Autores como Mircea Eliade (1972) señalan que el mito "relata un acontecimiento que tuvo lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos" (p. 23). Sin embargo, en sociedades tradicionales, este tipo de relatos no remiten únicamente a un pasado remoto; son vividos en el presente y actualizados constantemente mediante el lenguaje, el ritual y la memoria. Así, el mito de La Patasola no es una simple historia del pasado, sino una narración funcional en el presente, que actúa como mecanismo de control social y memoria cultural. Desde esta perspectiva, La Patasola encarna una advertencia simbólica sobre las transgresiones individuales a los límites morales, ambientales y comunitarios, especialmente en relación con el deseo, la traición, la violencia y la invasión del territorio natural.

Una de las funciones más visibles de la leyenda es su uso como forma de reforzamiento normativo de la conducta sexual y social, particularmente en contextos patriarcales. La figura de La Patasola, presentada comúnmente como una mujer atractiva que engaña a los hombres para luego mostrar su aspecto monstruoso, se convierte en una alegoría del castigo hacia quienes infringen las normas sexuales o familiares, como el adulterio, la promiscuidad o la infidelidad. Según Gilbert Durand (1969), el imaginario mítico está estructurado por arquetipos culturales que refuerzan los sistemas simbólicos dominantes;

La Patasola puede leerse como uno de estos arquetipos, donde lo femenino se vincula con lo peligroso cuando se sale de los márgenes normativos. Esta lectura ha sido objeto de revisión crítica desde enfoques de género, que cuestionan cómo ciertos mitos reproducen visiones misóginas o controladoras del rol femenino. Sin embargo, también es importante observar cómo, en algunas relecturas contemporáneas, La Patasola es reinterpretada como una figura de resistencia ecológica o justicia simbólica frente al daño ambiental y la violencia estructural.

En efecto, otra dimensión funcional de este mito tiene que ver con el territorio y la protección de los recursos naturales. La Patasola habita los bosques, selvas y montañas, y castiga a quienes los profanan: leñadores codiciosos, cazadores destructivos, colonos invasores. En esta línea, la leyenda refuerza un pacto no escrito entre la comunidad y el entorno natural, en el cual se reconoce que el monte tiene "dueños" o entidades protectoras. Esto conecta con lo que Levi-Strauss (1969) denominó la lógica mítica del pensamiento indígena y campesino: una forma de racionalidad alternativa que no separa lo humano de lo natural, y que construye sentido a través de oposiciones simbólicas (civilización/salvajismo, respeto/violación, pureza/contaminación). Así, la presencia de La Patasola actúa como freno moral ante la explotación desenfrenada del medio ambiente, proponiendo una narrativa pedagógica sobre la relación equilibrada entre cultura y naturaleza.

Además, la leyenda también fortalece la identidad cultural de las comunidades rurales colombianas. A través de relatos orales, canciones, dramatizaciones populares y expresiones gráficas, La Patasola se convierte en patrimonio inmaterial que circula entre generaciones, especialmente a través de los abuelos, las madres y los mayores de la comunidad. Esta transmisión oral no es pasiva; implica un ejercicio activo de memoria colectiva, como lo explica Paul Ricoeur (2000), quien advierte que "la memoria individual está siempre mediada por la memoria colectiva, en una dialéctica constante entre lo personal y lo social" (p. 135). Así, cuando un joven escucha la historia de La Patasola contada

por su abuelo en la noche, no sólo recibe un relato: es iniciado en un sistema de significaciones, valores y vínculos afectivos que lo arraigan a su comunidad y a su territorio.

El valor performativo del mito también debe destacarse. La narración de La Patasola no es estática; cambia con el tiempo, se adapta a nuevas tecnologías y contextos. En la actualidad, versiones del mito circulan en plataformas digitales, memes, vídeos virales o narrativas urbanas, donde La Patasola persigue motociclistas nocturnos o aparece en zonas donde se desarrollan megaproyectos mineros. Esta capacidad de adaptación mantiene la vitalidad del mito y lo convierte en un instrumento de crítica social. En muchas de estas nuevas versiones, el carácter vengativo de La Patasola se resignifica: ya no castiga por transgresiones sexuales, sino por la destrucción del bosque, la extracción de petróleo o la violencia contra las mujeres. Esto demuestra que el mito no es una forma arcaica de conocimiento, sino un campo simbólico abierto a reinterpretaciones desde las preocupaciones sociales actuales.

En el ámbito comunitario, el mito también cumple funciones de cohesión, al ofrecer un punto común de referencia simbólica que puede ser compartido y discutido por diferentes miembros del grupo. Clifford Geertz (1973) considera que las culturas son sistemas simbólicos densos, donde las acciones tienen significado porque se inscriben dentro de marcos narrativos compartidos. La Patasola es precisamente uno de esos marcos: al narrarla, las comunidades no sólo transmiten valores, sino que también debaten sobre ellos, reflexionan sobre el papel de las mujeres, los límites del castigo, la memoria del conflicto o la relación con el territorio. Es en este punto donde el mito deja de ser sólo control social y se convierte también en espacio de deliberación simbólica.

Finalmente, al analizar la funcionalidad social y comunitaria de La Patasola en Colombia, se observa que su poder radica en su ambigüedad simbólica. Puede ser vista como un monstruo vengador, una mujer transgresora, una víctima del sistema patriarcal, o una protectora de la selva. Esta ambivalencia es precisamente lo que le permite seguir viva, porque su significado no está cerrado, sino que se reactualiza según las tensiones sociales del momento. En su forma más tradicional, La Patasola actúa como una advertencia para

quienes se desvían de la norma; en sus versiones contemporáneas, se convierte en emblema de justicia ambiental y resistencia cultural. En ambos casos, refuerza una serie de valores —ya sean conservadores o transformadores— que permiten a las comunidades articular sus miedos, deseos y esperanzas. Reflexionar sobre el mito no es solo una cuestión literaria o folclórica: es adentrarse en las estructuras profundas de una cultura que, a través de sus leyendas, expresa tanto su vulnerabilidad como su fuerza colectiva.

ÉTICA Y MITO RURAL

La leyenda de La Patasola, presente en la tradición oral de varias regiones rurales de Colombia, ha sido por generaciones un dispositivo simbólico con profundos efectos en las prácticas culturales, las construcciones identitarias y las normas sociales de las comunidades que la transmiten. A través del miedo, la sorpresa o el asombro, esta figura mítica opera como una herramienta de enseñanza, advertencia y moralización. No se trata simplemente de un relato fantástico destinado al entretenimiento nocturno o a alimentar la imaginación infantil, sino de una narrativa estructural que funciona como guía para orientar el comportamiento individual y colectivo dentro de contextos sociales específicos, especialmente rurales. El mito de La Patasola ejemplifica la manera en que las leyendas pueden ser entendidas como formas culturales de pedagogía moral y social, enraizadas en una lógica ética que, aunque popular, refleja complejas construcciones filosóficas.

La funcionalidad didáctica del mito se revela en su capacidad de establecer límites sobre lo que es considerado correcto o incorrecto en una comunidad. El relato, que describe a una mujer seductora convertida en ente monstruoso, simboliza el castigo hacia aquellos —generalmente hombres— que ceden a sus impulsos sin medir las consecuencias morales y sociales. Esta estructura narrativa ilustra lo que Claude Lévi-Strauss (1955) llamó "pensamiento mítico", una forma de razonamiento estructural que utiliza oposiciones simbólicas —civilizado/salvaje, deseado/peligroso, naturaleza/cultura— para organizar la experiencia humana. La Patasola, en este sentido, aparece como síntesis de esas oposiciones: una figura que seduce, pero también castiga; que representa lo femenino, pero también el desorden; que evoca la belleza, pero encarna la monstruosidad.

Desde la ética aristotélica, el mito puede leerse como una advertencia sobre el desequilibrio de las pasiones. Aristóteles sostenía que la virtud reside en el justo medio entre los extremos (Ética a Nicómaco, Libro II). La Patasola castiga precisamente la hybris, el exceso: el deseo desmedido, la traición conyugal, la codicia extractiva. No hay virtud en quien se deja arrastrar por los impulsos, así como tampoco la hay en quien destruye el orden natural.

La leyenda cumple entonces una función moralizante al señalar que la virtud exige prudencia (phronesis), dominio de sí y respeto por los otros y por la naturaleza. Los personajes que transgreden estos límites son simbólicamente sancionados, mostrando que el equilibrio ético no solo es deseable, sino vital para la armonía comunitaria.

En la perspectiva kantiana, el mito de La Patasola también puede leerse como una ilustración del imperativo categórico: "obra de tal manera que la máxima de tu acción pueda convertirse en una ley universal" (Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, 1785). Quien actúa por deseo, sin considerar el deber moral hacia el otro o hacia el entorno, incumple esta máxima. La figura de La Patasola no solo impone castigos individuales, sino que sanciona simbólicamente conductas que atentan contra la dignidad y el deber. El mito, así, opera como un correlato narrativo del imperativo moral: su finalidad no es simplemente punitiva, sino formativa. Enseña que el respeto a la norma —a la fidelidad, a la comunidad, al medioambiente— es más que una regla externa; es una condición del vivir ético.

La lectura desde el utilitarismo, como la de John Stuart Mill (1863), permite ampliar la comprensión del mito en términos de su efecto sobre la mayor felicidad posible para el mayor número de personas. En tanto La Patasola actúa como mecanismo disuasorio frente a comportamientos destructivos (engaños, abusos, devastación del entorno), su existencia simbólica favorece la estabilidad social y el bienestar comunitario. El temor a su aparición contribuye a inhibir conductas egoístas que podrían alterar la vida rural, y su relato promueve una ética pragmática que valora el bien común sobre el placer individual. Aunque el utilitarismo se centra más en las consecuencias que en la intención moral, el mito se alinea con este marco al disuadir acciones cuya consecuencia sería perjudicial para la comunidad. Por tanto, aunque de forma indirecta y popular, cumple una función normativa congruente con una moralidad de resultados.

Desde el estoicismo, el mito puede abordarse en su dimensión de confrontación con la pasión y el destino. Séneca, Epicteto y Marco Aurelio defendían que la virtud consiste en vivir conforme a la razón, aceptando el destino y evitando los impulsos que perturban la

serenidad del alma. La Patasola simboliza el castigo a quienes se dejan arrastrar por sus pasiones —el deseo sexual, la codicia, la violencia— en contraposición al ideal estoico del control interior. El monte, espacio donde aparece esta figura, representa un lugar de prueba, donde el carácter y la racionalidad del sujeto son desafiados. Quien logra resistir las tentaciones o actuar con moderación no solo evita la sanción mítica, sino que encarna la virtud estoica. En este sentido, el mito no solo enseña, sino que también ofrece un ejercicio simbólico de entrenamiento moral: un campo narrativo donde se representa el conflicto entre logos y pathos.

Más allá de su dimensión ética, la leyenda tiene una clara funcionalidad pedagógica comunitaria. Como lo señala Bronislaw Malinowski (1948), el mito no es una invención fantástica, sino una "realidad viva" que justifica prácticas, costumbres y normas dentro de una comunidad. En el caso de La Patasola, el relato refuerza la vigilancia social sobre los comportamientos desviados, educa a los más jóvenes en valores como el respeto, la responsabilidad y el autocontrol, y genera cohesión simbólica. El carácter oral del mito garantiza su circulación multigeneracional, permitiendo que las enseñanzas contenidas en él se adapten a los nuevos contextos sin perder su fuerza ética.

Además, La Patasola funciona como alegoría ecológica, moralizando el vínculo con la tierra. En muchas versiones contemporáneas, esta figura castiga no solo a los infieles o violentos, sino también a quienes destruyen el entorno natural. Así, se resignifica el mito como expresión de justicia ambiental, donde el castigo mítico advierte sobre las consecuencias de intervenir irresponsablemente el ecosistema. Desde una ética del cuidado, el mito se convierte en instrumento de reflexión sobre los límites de la acción humana frente a la naturaleza, proponiendo una pedagogía simbólica de la sostenibilidad.

Por último, cabe resaltar que el mito actúa como estructura narrativa abierta, capaz de incorporar cambios sociales y reinterpretaciones éticas. La Patasola no solo transmite valores tradicionales; también puede convertirse en un vehículo para nuevas formas de moralidad crítica. En contextos de violencia, desarraigo o explotación, su figura puede ser resignificada como símbolo de advertencia contra los poderes abusivos, la destrucción

ambiental o la deshumanización. Esta plasticidad permite que el mito conserve su funcionalidad pedagógica sin fosilizarse en una sola moral. En lugar de ser un vestigio del pasado, se proyecta como recurso simbólico de aprendizaje ético y social.

Recorriendo la diversidad de perspectivas filosóficas —aristotélica, kantiana, utilitarista y estoica—, se evidencia que el mito de La Patasola opera como un relato moralizante con múltiples niveles de interpretación. Enseña mediante el temor, advierte mediante la metáfora, y moraliza mediante el ejemplo negativo. Su vigencia no radica solo en su capacidad de asustar, sino en su poder para construir marcos normativos que regulan la conducta y articulan valores compartidos. En él confluyen pasiones humanas, dilemas morales y demandas comunitarias, y por ello sigue siendo un vehículo eficaz para la enseñanza de lo ético, lo prudente y lo justo, tanto en el nivel individual como en el colectivo. La Patasola no solo acecha en el monte: también habita en la conciencia social de quienes, al escuchar su historia, comprenden que hay elecciones que van más allá del deseo y que toda acción deja huellas no solo en el camino, sino en el alma.

HERENCIA ORAL DEL MITO

La leyenda de La Patasola, profundamente enraizada en el imaginario colectivo de diversas regiones rurales y selváticas de Colombia, ha perdurado a lo largo de generaciones a través de la transmisión oral, consolidándose como un componente esencial de la cultura popular nacional. Esta continuidad intergeneracional no es producto del azar ni del folklore como simple entretenimiento, sino que responde a procesos complejos de transmisión cultural, en los que el mito actúa como contenedor simbólico de valores, temores, normas y cosmovisiones comunitarias. Preguntarse si esta leyenda se sigue contando de generación en generación implica abordar cómo las culturas reproducen sus contenidos significativos a través del tiempo, y cómo la oralidad, como medio fundamental, mantiene vivos esos relatos en contextos de cambio sociocultural acelerado.

Desde la antropología y la sociología, la transmisión cultural ha sido entendida como el proceso por el cual los conocimientos, creencias, prácticas y símbolos de una sociedad son trasladados a nuevas generaciones. Margaret Mead (1930) fue una de las primeras autoras en distinguir entre culturas postfigurativas, configurativas y prefigurativas, según el rol que los adultos y los jóvenes desempeñan en la transmisión del saber. En contextos rurales donde predomina la oralidad, como muchas regiones del Magdalena Medio, Huila o Chocó en Colombia, la cultura postfigurativa sigue siendo dominante: los adultos mayores actúan como portadores de la memoria colectiva y son quienes cuentan historias como la de La Patasola, integrando a niños y jóvenes en una cadena de saber que se sustenta en el relato compartido.

La leyenda no solo se transmite por el acto de contar, sino que se performa: se dramatiza, se evoca en rituales, se canta, se representa en fiestas populares, y más recientemente, se adapta a nuevos lenguajes visuales y digitales. Esta característica le otorga vitalidad y plasticidad. Jack Goody (1987) analizó cómo la escritura transforma el pensamiento cultural, pero también reconoció el poder de la oralidad en mantener viva la tradición en culturas sin escritura o con fuerte apego a la palabra hablada. En este sentido, La Patasola

encarna una narrativa oral que no depende exclusivamente del soporte escrito o audiovisual para existir: su fuerza radica en el acto de transmisión interpersonal, cargado de afecto, dramatismo y emoción.

Además, la continuidad de esta leyenda puede analizarse a partir del concepto de "memoria cultural" desarrollado por Jan Assmann (1992), quien distingue entre memoria comunicativa y memoria cultural. La primera se transmite en ciclos de vida humana —por medio del lenguaje oral cotidiano— y puede abarcar tres o cuatro generaciones; la segunda, en cambio, se institucionaliza simbólicamente a través de textos, ritos y monumentos. La Patasola transita entre ambas: forma parte de la memoria comunicativa de las familias rurales, pero también ha empezado a constituirse como memoria cultural, dado su reconocimiento en textos escolares, libros de mitología, productos audiovisuales, y recientemente, en reinterpretaciones artísticas y ecológicas. Este doble carácter refuerza su persistencia y permite su resignificación en nuevas condiciones históricas.

El análisis de la leyenda como mito vivo también exige considerar su estructura narrativa, sus funciones y su capacidad de adaptación. Según Roland Barthes (1957), el mito es una forma de discurso: "una palabra elegida por la historia; no puede surgir de la naturaleza de las cosas" (p. 119). Así, La Patasola no es una figura natural ni inmutable; es una construcción cultural que responde a las tensiones, necesidades y valores de cada época. Su relato se ha modificado: en algunas versiones es una mujer traicionada que regresa por venganza; en otras, es la protectora de los bosques que castiga a los destructores del entorno; en otras, una madre asesinada que deambula con su hijo muerto. Esta flexibilidad semiótica garantiza que la leyenda se mantenga vigente, ya que su núcleo simbólico puede ser reinterpretado según los contextos actuales, sin perder su poder de significación.

Desde la teoría de la transmisión cultural, Pierre Bourdieu (1977) subraya que la cultura se transmite a través de disposiciones incorporadas (hábitos, prácticas) y estructuras simbólicas. La leyenda de La Patasola actúa como dispositivo cultural que estructura la percepción del territorio, el cuerpo, la sexualidad, la familia y el miedo. No es neutral: al contarse, reconfigura valores y roles sociales. En los relatos orales que circulan en veredas

y pueblos colombianos, su figura representa el límite de lo permitido, el castigo a la transgresión y, a la vez, la expresión de los temores colectivos frente a lo desconocido, lo salvaje o lo incontrolable. La narrativa se convierte así en una herramienta educativa y normativa, capaz de moldear subjetividades desde la infancia.

Esta continuidad generacional también puede evaluarse desde la psicología cultural. Jerome Bruner (1990) argumentó que los seres humanos construyen significados a través de los relatos; que las narrativas no solo reflejan la cultura, sino que la constituyen. En este marco, cuando un abuelo le cuenta a su nieta la historia de La Patasola junto al fuego, no está simplemente relatando un cuento: está creando un vínculo afectivo, transmitiendo una moral, reforzando una identidad colectiva. Este acto es, al mismo tiempo, pedagogía, ritual y creación de comunidad.

En la actualidad, sin embargo, la transmisión oral enfrenta nuevos desafíos. La globalización cultural, los desplazamientos forzados, el acceso masivo a tecnologías digitales y el debilitamiento de las estructuras comunitarias tradicionales han modificado las formas en que se cuenta y se recibe el mito. Pero esto no significa su desaparición. Por el contrario, como lo planteó Eric Hobsbawm (1983) al hablar de las “tradiciones inventadas”, las culturas son capaces de reinventar sus pasados y adaptarlos a sus presentes. La Patasola no ha sido borrada por las redes sociales; ha sido apropiada por ellas. En videos virales, memes, historias digitales y relatos en TikTok, su figura reaparece con nuevos rostros, nuevas motivaciones, nuevas formas de asustar o enseñar. Lo que cambia no es el núcleo del mito, sino sus canales de transmisión.

La pregunta sobre si la leyenda de La Patasola se sigue contando de generación en generación encuentra, entonces, una respuesta afirmativa y compleja. Sí, se sigue contando, pero de maneras diversas, en escenarios múltiples, con funciones que no siempre son las mismas que las de antaño. La transmisión oral tradicional convive con formas híbridas de comunicación y narración digital, sin que esto implique una ruptura total, sino una continuidad adaptativa. Esta coexistencia entre lo ancestral y lo contemporáneo refleja

la capacidad del mito de responder a las nuevas configuraciones culturales y tecnológicas, sin perder su raíz.

Así, La Patasola continúa su viaje entre las generaciones como una figura que enseña, aterra, advierte y conecta. La abuela que la relata al calor del fogón, el joven que la dibuja en una historieta o el niño que la recrea en un juego de celular son eslabones de una misma cadena simbólica. En cada transmisión, no solo se preserva una historia, sino que se reactiva una forma de comprender el mundo, una ética comunitaria y una sensibilidad cultural. La leyenda permanece no porque el tiempo la conserve, sino porque cada generación la reinterpreta según sus lenguajes, preocupaciones y formas de vivir. Es en esa vitalidad compartida donde reside la verdadera herencia oral del mito.

Permanencia del Relato Popular

La leyenda de La Patasola, figura emblemática del folclore colombiano, ha sido durante décadas objeto de estudio y de fascinación por su capacidad de adaptación, persistencia y significación colectiva. Originalmente transmitida por vía oral en comunidades rurales, su permanencia en el tiempo demuestra la vitalidad de los mitos como vehículos de cultura, memoria e identidad. El presente texto analiza cómo esta leyenda ha logrado transitar desde los relatos contados al calor del fogón hasta nuevas plataformas narrativas como el cine, la literatura juvenil, las redes sociales y los videojuegos. Esta transición no ha implicado una pérdida de su función simbólica, sino una ampliación de sus alcances, en la que la transmisión cultural y el capital social juegan un papel determinante. A través de un enfoque teórico que combina conceptos de transmisión cultural (Assmann, Mead, Goody), y capital social despojado (Harvey), se busca comprender cómo este mito se reconfigura en contextos contemporáneos sin disolverse en la banalidad mediática.

Desde el punto de vista de la transmisión cultural, como lo plantea Jan Assmann (1992), los relatos míticos tienen la capacidad de convertirse en memoria cultural cuando son estabilizados a través de medios institucionalizados como la escritura, el arte, los medios audiovisuales o las tecnologías digitales. Esta transformación permite que los relatos de

origen oral, como el de La Patasola, trasciendan los límites de la comunicación interpersonal inmediata para alcanzar nuevos públicos y generaciones, garantizando así su continuidad simbólica. La memoria cultural es entonces "una forma de recuerdo institucionalizado que se actualiza a través de textos, ceremonias, monumentos y relatos recontextualizados" (Assmann, 1992, p. 132). En ese sentido, la aparición de La Patasola en cortometrajes independientes, películas de terror latinoamericanas, cuentos ilustrados y adaptaciones teatrales escolares, constituye una expansión de su presencia cultural y una señal de su capacidad de transformación sin perder su esencia narrativa.

El concepto de transmisión cultural implica además un acto de recreación. Margaret Mead (1930), en su análisis sobre los modos de aprendizaje cultural, advierte que cada generación interpreta los saberes recibidos en función de sus propias circunstancias, deseos e inquietudes. En este marco, la aparición de La Patasola en redes sociales como TikTok o YouTube, donde los jóvenes representan versiones "actualizadas" de la leyenda en clave de horror contemporáneo, sátira o crítica ambiental, no representa una ruptura con la tradición, sino una nueva forma de inscripción cultural. Lo que se transmite no es solo la historia, sino su estructura simbólica, sus funciones y su potencial semiótico. Jack Goody (1987) ya había señalado que los medios de comunicación no eliminan la oralidad, sino que la resignifican, abriendo nuevas rutas para el relato popular.

Este proceso se da en un contexto de profunda transformación territorial y social en Colombia, donde la desestructuración de lo rural y el crecimiento de lo urbano han provocado lo que David Harvey (2004) denomina un "despojo del capital social". Según Harvey, el capitalismo contemporáneo no solo despoja mediante la expropiación de tierras o recursos, sino también a través de la erosión de los vínculos comunitarios, los saberes locales y las prácticas culturales compartidas. La migración forzada, el desplazamiento, la privatización del espacio público y la digitalización acelerada han alterado las condiciones tradicionales de transmisión cultural. No obstante, la leyenda de La Patasola, al adaptarse a nuevos formatos, actúa como forma de resistencia cultural frente a dicho despojo. Su

presencia en medios digitales no es un síntoma de folklorización superficial, sino una estrategia de reapropiación narrativa que reconstruye comunidad en el espacio virtual.

Desde esta óptica, el mito de La Patasola se transforma en un recurso simbólico que restituye sentido y pertenencia allí donde el tejido social ha sido fragmentado. Las adaptaciones en literatura juvenil, por ejemplo, permiten que niñas y niños reconozcan en la figura de esta mujer-monstruo un relato propio, anclado en su identidad regional o nacional. Al mismo tiempo, en producciones audiovisuales como microdocumentales o cortos de ficción, La Patasola ha sido resignificada como metáfora de la justicia ambiental, la violencia de género o la memoria histórica. Este proceso se vincula con lo que Stuart Hall (1997) denomina "representación cultural", entendida como el modo en que los significados se producen, circulan y estabilizan en contextos sociales específicos. La leyenda ya no aparece exclusivamente como advertencia moral tradicional, sino como símbolo dinámico, capaz de vehicular discursos contemporáneos sobre el cuerpo, el territorio y la resistencia.

En las redes sociales, este fenómeno se acentúa. El carácter fragmentado, efímero y participativo de plataformas como Instagram o TikTok ha permitido que jóvenes creadores reelaboren la historia de La Patasola desde múltiples ópticas: feministas, ambientales, humorísticas, góticas o urbanas. Este ejercicio de reescritura digital demuestra que el mito conserva su poder comunicativo al integrarse a lógicas tecnológicas que favorecen la co-creación y la resignificación. La viralización de audios, ilustraciones, historias breves y dramatizaciones de la leyenda no responde únicamente al entretenimiento: en muchos casos, busca generar una conciencia crítica sobre las problemáticas actuales de la sociedad colombiana. Tal como lo plantea Jesús Martín-Barbero (1993), los medios no destruyen las culturas populares, sino que permiten su rearticulación en nuevos marcos de circulación simbólica.

Así, el paso del relato oral tradicional a formatos contemporáneos no diluye la fuerza del mito; por el contrario, la renueva. La Patasola, en su tránsito por libros ilustrados, obras escolares, cuentos digitales, animaciones o series web, amplía sus posibilidades

comunicativas y refuerza su estatus como patrimonio inmaterial en transformación. Esta continuidad adaptativa guarda relación directa con lo que Paul Connerton (1989) denomina “hábitos de la memoria”, es decir, prácticas corporales, gestuales y narrativas que preservan la identidad colectiva incluso cuando cambian los escenarios de transmisión. El acto de contar, aunque ahora mediado por pantallas, conserva su potencia ritual: establece vínculos, educa, sanciona, conmueve.

La perspectiva del capital social despojado, como la expone Harvey, permite entender que las narrativas populares como la de La Patasola también cumplen funciones de restauración simbólica frente a los procesos de marginalización territorial y cultural. Al circular en nuevos formatos, el mito vuelve a dar sentido a comunidades desplazadas, a juventudes desconectadas de sus raíces rurales o a sectores urbanos en búsqueda de referentes identitarios propios. La función restaurativa del mito no reside solo en la recuperación del pasado, sino en su capacidad de reconfigurar la experiencia compartida en el presente. Es, por tanto, una forma de resistencia a la atomización impuesta por la lógica neoliberal, que rompe vínculos comunitarios y desplaza memorias locales.

En este entramado, se constata que la leyenda de La Patasola no es una reliquia estática, sino una narración activa y reconfigurable, que se proyecta con fuerza hacia el presente y el futuro. Su tránsito desde la oralidad tradicional hacia los formatos contemporáneos revela la dinámica de las culturas vivas, aquellas que no se encierran en la nostalgia sino que exploran continuamente nuevos lenguajes para mantenerse significativas. Al adaptarse a libros, videos, memes, podcasts o representaciones teatrales urbanas, La Patasola preserva su potencia simbólica, sirve de puente entre generaciones y resignifica su función en contextos socioculturales cambiantes. Más que una historia del pasado, se trata de una matriz narrativa que, aún en medio del despojo y la fragmentación, mantiene viva la posibilidad del encuentro, la memoria compartida y la imaginación colectiva.

SÍMBOLOS DEL MITO POPULAR

La leyenda de La Patasola, arraigada profundamente en el imaginario cultural colombiano, se ha mantenido vigente a través de generaciones no solo por su función narrativa y moralizadora, sino también por su rica estructura simbólica. Esta figura legendaria, descrita como una mujer hermosa que engaña a los hombres para luego revelar su deformidad y atacarlos, no es un simple personaje fantástico, sino un complejo entramado de signos que remiten a valores, miedos, normas y estructuras sociales profundamente ancladas en contextos rurales. Al analizar los elementos simbólicos que conforman la leyenda —los animales asociados, objetos presentes, el territorio donde se manifiesta y la figura misma de La Patasola— se revela una red semiótica que articula representaciones sociales fundamentales para entender la vida comunitaria y la forma en que las sociedades colombianas rurales interpretan el orden, el peligro, el género y la naturaleza.

La semiótica, como estudio de los signos y su función en la producción de sentido, ofrece una vía poderosa para descifrar el contenido simbólico de los relatos míticos. Como plantea Umberto Eco (1976), “el signo es todo aquello que, en virtud de una convención social, remite a algo distinto de sí mismo” (p. 18). En este sentido, los elementos que componen la leyenda de La Patasola —el bosque, la noche, los animales salvajes, la figura femenina deformada, la sangre, el grito— son signos que articulan significados colectivos. No son arbitrarios: remiten a miedos arquetípicos, a códigos morales, a límites sociales y territoriales, configurando así una representación que va más allá del simple relato de horror.

Uno de los elementos más significativos del mito es el territorio donde aparece La Patasola: la selva, el monte, la zona boscosa lejana del asentamiento humano. Este espacio no solo representa lo desconocido, sino que funciona como frontera simbólica entre lo civilizado y lo salvaje. En la tradición rural colombiana, adentrarse en el monte implica una ruptura del orden establecido. Desde la semiótica del espacio, este tipo de territorios funciona como el locus de la transgresión, del caos y de lo prohibido. Michel de Certeau (1980) señala que los

espacios son construcciones culturales que reflejan y modelan prácticas sociales. La selva, en este caso, es el lugar del castigo, del extravío, donde el caminante encuentra lo que no debe buscar: la figura deformada de su propia transgresión moral.

La representación de La Patasola misma es un sistema simbólico que encarna múltiples significados. Su imagen de mujer bella con una sola pierna, cuya deformidad se revela solo cuando ya ha atraído a su víctima, remite a una tensión clásica entre apariencia y esencia, entre deseo y castigo. Esta dualidad es un signo cargado de connotaciones. Por un lado, la belleza encarna la tentación y el deseo prohibido; por otro, la deformidad corporal actúa como símbolo del pecado y de la ruptura del orden natural. En términos de representación social, siguiendo a Serge Moscovici (1961), esta figura puede leerse como un “sistema de valores, ideas y prácticas que permiten a los individuos orientarse en su mundo material y social” (p. 17). La Patasola no es solo un monstruo, sino una mediadora simbólica entre la norma y la transgresión, entre el orden comunitario y la amenaza externa, entre lo permitido y lo sancionado.

La presencia de animales salvajes en el relato, como jaguares, serpientes o perros que huyen de la presencia del espectro, también cumple una función semiótica clave. Estos animales, frecuentemente asociados con lo instintivo, lo natural o lo amenazante, actúan como marcadores de lo anómalo. La huida de los perros o el silencio del monte ante la aparición de La Patasola anuncian una ruptura del equilibrio. En términos simbólicos, esta reacción del mundo natural opera como un metadiscurso del miedo: la naturaleza reconoce al ente como ajeno y peligroso. Este código de lectura está muy presente en los relatos orales campesinos, donde los signos de la naturaleza —cambios de viento, movimientos de animales, sonidos inusuales— son interpretados como presagios o advertencias. Es una forma de semiótica práctica que estructura la experiencia del mundo más allá de lo racional.

Otro símbolo relevante es el grito desgarrador de La Patasola, descrito en las narraciones como un lamento penetrante que hiela la sangre. Este sonido se convierte en una forma sonora del castigo, un eco simbólico del dolor, la pérdida o la traición. En este elemento, el mito se conecta con una sensibilidad profundamente humana hacia la voz como portadora

de angustia o desesperación. Roland Barthes (1977) hablaba del “grano de la voz” como un lugar donde el sentido se hace carne; en el mito, el grito de La Patasola no es solo un sonido: es un signo de advertencia, una vibración que atraviesa la conciencia y activa el miedo ancestral al castigo inminente.

La sangre, otro componente presente en varias versiones del mito, representa la violencia, la consecuencia de la trasgresión y el pacto roto con la comunidad o la naturaleza. En muchas narraciones, se menciona que La Patasola fue mutilada o asesinada por su pareja o comunidad por haber traicionado normas morales o familiares. La mutilación se convierte entonces en símbolo del castigo social y la exclusión. En clave simbólica, el cuerpo mutilado es una metáfora de la disfunción social: una comunidad donde una mujer es destruida por romper normas revela el nivel de rigidez moral que estructura sus representaciones.

Estos símbolos no funcionan de manera aislada; conforman una constelación semiótica coherente que estructura el sentido del mito. La Patasola encarna el arquetipo de lo femenino castigado y a la vez empoderado en su forma monstruosa. El monte representa el territorio del caos y del juicio, mientras que los animales, los sonidos y los objetos naturalizados (como el hacha, el camino, la fogata) se activan como indicadores del relato que viene. La interrelación de estos signos construye un modelo de mundo en el cual la comunidad se ve reflejada, juzgada y cohesionada. Este universo simbólico no solo tiene valor estético o narrativo, sino que cumple una función social de regulación y educación.

Desde la perspectiva de las representaciones sociales de Moscovici, el mito de La Patasola sirve para procesar e integrar fenómenos complejos —como el deseo, la transgresión, la violencia o el miedo— en un marco simbólico compartido que permite su comprensión y transmisión. Como representación social, este mito permite traducir lo abstracto a lo concreto, lo invisible a lo visible, lo normativo a lo narrado. A través de sus símbolos, los grupos sociales pueden identificar conductas deseables o peligrosas, articular creencias colectivas y estabilizar normas de comportamiento. El mito así entendido, no solo comunica: estructura y orienta el pensamiento colectivo.

El análisis semiótico de los elementos simbólicos que componen la leyenda de La Patasola revela que nos encontramos ante un sistema narrativo denso y funcional. Cada componente —desde la geografía del relato hasta los rasgos físicos del personaje— actúa como signo dentro de una estructura mayor que articula miedos, deseos, normas e identidades. Lejos de ser un residuo del pasado, el mito sigue siendo un lenguaje activo, capaz de expresar las tensiones y dilemas de las comunidades que lo relatan. Su fuerza no reside únicamente en su argumento, sino en el espesor simbólico que contiene y en su capacidad de representar, condensar y comunicar las emociones colectivas. En estos símbolos compartidos, en esta iconografía transmitida entre generaciones, reside una parte esencial de la identidad cultural que continúa dando forma a la manera en que los colombianos rurales interpretan su mundo, sus vínculos y sus límites.

Arquetipos del Miedo Femenino

La leyenda de La Patasola, profundamente arraigada en el folclore colombiano, constituye una representación simbólica rica en significados sociales, morales y espirituales. Este mito, ampliamente difundido en regiones rurales y selváticas del país, opera como vehículo de transmisión de valores culturales, estructuración de temores colectivos y codificación de lo prohibido a través de un lenguaje simbólico que combina animales, objetos y territorios con profundas resonancias arquetípicas. Su permanencia en el tiempo y su presencia en el imaginario popular pueden comprenderse mejor si se analiza su contenido desde la perspectiva de la filosofía moral de Platón y Aristóteles sobre los arquetipos, junto con herramientas contemporáneas como la semiótica cultural y la teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. Bajo esta lente, La Patasola se revela como mucho más que una historia de terror: es un mito estructurante que refleja las tensiones entre orden y caos, deseo y castigo, cuerpo y norma, individuo y comunidad.

Desde la filosofía platónica, los arquetipos o formas ideales son modelos eternos que existen en el mundo inteligible y cuya sombra percibimos en el mundo sensible. En esta lógica, los mitos representan alegorías del alma humana enfrentada a sus pasiones y al desorden interior. La Patasola encarna una figura femenina que ha transgredido el orden

moral y cuya deformidad —la ausencia o monstruosidad de una de sus piernas— representa simbólicamente la fractura del alma desviada de su forma ideal. En el mito, lo bello y lo terrible coexisten, mostrando la dualidad esencial del deseo desmedido y sus consecuencias. La figura de la mujer que seduce y luego castiga encarna, en clave platónica, la advertencia moral sobre la distancia entre la apariencia y la verdad, entre lo sensible y lo inteligible.

Aristóteles, por su parte, plantea en la *Ética a Nicómaco* que la virtud es el punto medio entre dos extremos viciosos. Desde esta ética del justo medio, el mito de La Patasola puede ser leído como una sanción simbólica al exceso: al deseo que no conoce límites, a la codicia del cazador o leñador que viola los límites del bosque, o a la infidelidad que rompe el pacto conyugal. La Patasola no solo aparece como castigo externo, sino como símbolo del desorden que emerge cuando se transgreden los valores comunitarios. Así, la leyenda cumple una función moralizante que, como en el pensamiento aristotélico, busca restaurar la armonía mediante la exposición de las consecuencias del exceso.

En términos semióticos, como señala Umberto Eco (1976), un símbolo es un signo cargado de connotaciones culturales que produce sentido en un contexto determinado. La leyenda está saturada de estos signos. El territorio donde se manifiesta —el bosque, el monte, la selva— no es un simple escenario geográfico, sino un espacio simbólico que representa lo desconocido, lo prohibido, el más allá de la norma social. Desde el análisis espacial de Michel de Certeau (1980), estos lugares marginales son campos donde se proyectan los conflictos no resueltos de la cultura. En el caso de La Patasola, el monte es el “afuera” del orden, el sitio donde la moral se suspende y donde el sujeto enfrenta las consecuencias de sus actos. La selva es también un símbolo de lo femenino en estado salvaje, de lo natural no domesticado, reforzando la tensión entre civilización y naturaleza.

Los animales asociados a la leyenda —serpientes, felinos, aves nocturnas, perros que aúllan o huyen— cumplen una función anticipatoria y mítica. En muchas narraciones, los animales actúan como sensores del mal, reaccionando a la presencia de La Patasola antes que los humanos. Este rol anticipador los convierte en signos naturales del peligro. En la

cosmovisión rural, estos animales no son neutros: son portadores de presagios, indicadores de rupturas en el orden natural. La serpiente, por ejemplo, remite a la astucia y al pecado; el jaguar o el puma a la fuerza y la fatalidad; los perros a la fidelidad traicionada que es alterada por la irrupción de lo monstruoso. Cada animal es un arquetipo simbólico con raíces en la tradición judeocristiana y en las mitologías indígenas.

Los objetos también forman parte del entramado simbólico. El machete del leñador, la fogata, el camino, los árboles cortados o la sangre en la tierra, son signos que evocan el vínculo entre el hombre y la tierra, y su transgresión. La sangre, en particular, tiene una carga simbólica que remite al sacrificio, la pérdida y la consecuencia de la violencia. El cuerpo mutilado de La Patasola —una pierna cercenada, en algunos relatos resultado de un castigo por infidelidad o venganza— se convierte así en una advertencia moral visual, un signo grotesco de la sanción que recae sobre quienes violan el orden. El cuerpo femenino, de este modo, se transforma en superficie simbólica de inscripción de las normas sociales y de sus quiebres.

Serge Moscovici (1961) define las representaciones sociales como "formas de conocimiento socialmente elaboradas y compartidas con el fin de construir una realidad común a un conjunto social" (p. 24). La leyenda de La Patasola funciona como una representación social activa, porque permite a las comunidades rurales colombianas representar, mediante un relato cargado de símbolos, conflictos fundamentales como el miedo a la traición, el respeto a la naturaleza, los límites del deseo, la protección del territorio y la identidad colectiva. Al ser contada de generación en generación, la leyenda no solo comunica una advertencia, sino que reactualiza los marcos simbólicos mediante los cuales los grupos interpretan su mundo.

Asimismo, estos símbolos responden a una estructura arquetípica que, como plantea Carl Jung (1959), reside en el inconsciente colectivo y se manifiesta en imágenes recurrentes de la psique humana. La Patasola como arquetipo de la "mujer fatal", la "madre vengativa" o el "espíritu guardián de la naturaleza" conecta con motivos universales que, al ser localizados culturalmente, permiten articular temores y valores propios del contexto

colombiano. Esta conexión entre lo universal y lo particular fortalece la leyenda como una matriz narrativa perdurable y significativa.

Cabe destacar también que el uso de símbolos no es estático: estos se adaptan, mutan y se resemantizan según los contextos socioculturales. En versiones contemporáneas, La Patasola ha sido resignificada como figura ecológica, protectora del bosque frente a la explotación extractivista, o incluso como símbolo feminista que representa la rebelión de la mujer frente a la opresión patriarcal. Esta relectura demuestra que los símbolos del mito son lo suficientemente abiertos para permitir una reinterpretación crítica sin perder su eficacia narrativa ni su poder de evocación.

En definitiva, la leyenda de La Patasola ofrece un entramado simbólico complejo donde animales, objetos y territorios configuran una red de significados vinculados a normas morales, estructuras comunitarias y valores culturales. Vista desde la filosofía platónica y aristotélica, esta figura se convierte en representación del desorden que emerge cuando se vulnera el ideal del bien o la virtud. A través de sus elementos simbólicos, el mito actúa como un espejo colectivo que permite a las comunidades proyectar sus tensiones y reafirmar sus límites. El monte como frontera del orden, el cuerpo mutilado como castigo, los animales como presagios y los objetos cotidianos como signos del quiebre moral conforman una iconografía viva que sigue estructurando imaginarios y prácticas sociales. En esta red simbólica, la leyenda no se limita a narrar: orienta, cohesiona, advierte y transforma, mostrando que los arquetipos no solo habitan el pensamiento filosófico, sino también las selvas, las voces y las memorias del pueblo.

TOPOGRAFÍAS DEL MIEDO POPULAR

La leyenda de La Patasola constituye uno de los relatos más arraigados en el imaginario colectivo colombiano, especialmente en regiones rurales, montañosas y selváticas del país. Su contenido, lejos de limitarse a una narración de terror, ofrece una ventana compleja para comprender la relación entre identidad territorial, comportamiento espacial y normatividad sociocultural. La pregunta sobre qué lugares específicos del territorio vincula o explica esta leyenda conduce a explorar cómo el mito configura no solo un paisaje simbólico, sino una cartografía emocional y conductual que moldea la forma en que las comunidades rurales habitan, interpretan y controlan su entorno. En esta línea, resulta fundamental articular perspectivas del enfoque sociocultural, del apego emocional al lugar y del control espacial, a fin de comprender cómo La Patasola opera como mediadora entre los sujetos y el espacio geográfico.

En su dimensión territorial, la leyenda está profundamente asociada a paisajes de alta densidad natural: selvas tupidas, montañas boscosas, caminos veredales, zonas cafetaleras y selváticas de departamentos como Tolima, Huila, Antioquia, Meta, Chocó y Caquetá. Estos territorios no solo constituyen el fondo físico de la narración, sino que adquieren un carácter simbólico mediante el mito. Como sostiene Tuan (1977) en su teoría sobre el "apego emocional al lugar", los espacios se transforman en "lugares" significativos cuando son cargados de memoria, emoción y narrativa. En este caso, la selva o el monte no es únicamente una configuración ecológica, sino un agente de miedo, un escenario liminal donde las normas se suspenden y la figura de La Patasola aparece para castigar la transgresión.

Esta construcción simbólica del espacio se relaciona con el enfoque sociocultural del territorio, en el que el paisaje es leído como una expresión de los valores, normas y representaciones de una comunidad. Desde la geografía humanista, Yi-Fu Tuan (1990) y Anne Buttimer (1976) sostienen que los entornos geográficos no son neutros, sino culturalmente mediados. En este sentido, el mito de La Patasola convierte los caminos

solitarios, los márgenes del bosque y las veredas alejadas en territorios codificados como peligrosos o moralmente significativos. En muchos relatos, su aparición ocurre cuando un hombre se aleja demasiado del caserío, se adentra en el monte para cazar o explotar recursos, desatendiendo las advertencias del entorno. El territorio, así, es escenario y actor: contiene y sanciona, guía y restringe.

Este comportamiento espacial está directamente ligado a prácticas de control comunitario, especialmente en contextos donde el Estado ha tenido una presencia limitada y donde las narrativas populares funcionan como dispositivos normativos. La leyenda se convierte en una herramienta de regulación del movimiento, como ya lo advertía Michel de Certeau (1980), para quien los relatos míticos organizan la experiencia del espacio a través de prohibiciones, símbolos y prescripciones. La Patasola aparece en zonas "prohibidas" o "no recomendadas", lo cual tiene una función clara: impedir que las personas, especialmente los hombres, crucen ciertos límites espaciales y morales. Así, el mito opera como mecanismo de control territorial desde lo simbólico, marcando zonas de peligro que deben evitarse y reforzando la centralidad de la vida comunitaria.

En cuanto a los lugares específicos que la leyenda vincula, se destacan algunos territorios simbólicos recurrentes. En las narrativas del Magdalena Medio, La Patasola está ligada a las márgenes de los ríos, lugares que articulan vida y muerte, fertilidad y peligro. En Antioquia y el Viejo Caldas, su presencia está asociada a cafetales lejanos o a caminos de herradura, espacios que implican soledad y esfuerzo masculino. En el Caquetá o el Guaviare, se le relaciona con zonas de explotación forestal o minera, donde el relato opera como advertencia ecológica frente a la degradación del ambiente. Cada uno de estos territorios tiene una función: canalizar la tensión entre el humano y el entorno, entre el trabajo extractivo y la sanción natural.

La idea de "mito topográfico" que propone Francoise Zonabend (1980) resulta útil para comprender cómo ciertas leyendas, como la de La Patasola, otorgan identidad al espacio. En estas narrativas, el paisaje no es un fondo indiferente, sino un protagonista activo, que habla, castiga o protege. La Patasola no se aparece en cualquier parte: su manifestación

exige un paisaje denso, con árboles altos, caminos poco transitados, humedad nocturna y sonidos animales. Esta escenografía natural cumple la función de intensificar el miedo, pero también de mantener viva la memoria colectiva sobre ciertos espacios. Al contar la leyenda, las comunidades asignan valor simbólico a lugares que de otro modo pasarían desapercibidos, generando una geografía afectiva y moral.

Por su parte, el enfoque de comportamiento espacial enfatiza cómo los individuos toman decisiones sobre su movimiento y permanencia en el territorio en función de sus percepciones, creencias y miedos. En este contexto, La Patasola actúa como un disuasor cultural. Su presencia inhibe ciertos comportamientos, como el extravío en zonas selváticas, la infidelidad conyugal o la sobreexplotación del bosque. El mito no solo narra: orienta prácticas. En palabras de Edward Soja (1989), el espacio vivido es una dimensión política y simbólica donde los sujetos negocian su existencia. Bajo esta óptica, el relato configura un mapa mental que limita y encauza el comportamiento espacial.

La geografía del miedo, como categoría analítica, también es pertinente. Según Low y Lawrence-Zúñiga (2003), los espacios urbanos o rurales son moldeados por emociones colectivas como la amenaza, la inseguridad o el peligro. La Patasola contribuye a crear zonas simbólicamente vedadas o restringidas, reforzando la idea de que el territorio no se habita solo con el cuerpo, sino también con el imaginario. Este miedo no es gratuito: responde a estructuras sociales, conflictos históricos y relaciones desiguales con el entorno. Así, el mito permite elaborar culturalmente la incertidumbre y canalizarla en prácticas concretas de evitación, respeto y delimitación del espacio.

El relato también refuerza la idea del territorio como matriz de identidad. En Colombia, donde las divisiones geográficas coinciden frecuentemente con particularidades culturales, la figura de La Patasola adquiere tonalidades distintas según el lugar. En el sur del Tolima, por ejemplo, se asocia a las quebradas cercanas al nevado; en el Chocó, se fusiona con espíritus del bosque ligados a cosmovisiones afrocolombianas e indígenas. Este carácter local del mito fortalece el sentido de pertenencia, pues permite que cada comunidad se

reconozca en su relato, en sus caminos, en sus advertencias. El mito, entonces, no solo comunica una norma, sino que afianza el vínculo emocional con el lugar que se habita.

A lo largo del tiempo, estas leyendas también se han adaptado a transformaciones territoriales. En contextos de conflicto armado o desplazamiento forzado, La Patasola ha reaparecido en relatos de colonos o comunidades desarraigadas que reubican la leyenda en nuevos paisajes, resignificando el territorio habitado y reconstruyendo el sentido del arraigo. Como señala Nora (1984) en su concepto de "lugares de memoria", estos relatos ayudan a recomponer la relación entre tiempo, espacio y comunidad, especialmente cuando el tejido social ha sido fracturado.

La leyenda de La Patasola, entendida desde el enfoque sociocultural, de apego emocional y del comportamiento espacial, se configura como una herramienta narrativa que modela identidades territoriales, orienta la conducta humana en el espacio y refuerza el vínculo simbólico entre los sujetos y su entorno. No se trata simplemente de un mito fantástico sino de un dispositivo cultural que delimita, protege y ordena. A través del miedo, la memoria y la advertencia, el relato construye una cartografía simbólica que impregna caminos, montañas y selvas con significado y norma. En este entretejido de lugares contados y sentidos, las comunidades no solo preservan sus relatos, sino que inscriben sus territorios con huellas de identidad, pertenencia y sabiduría colectiva.

Territorio Narrado y Sentido

La leyenda de La Patasola constituye un relato profundamente arraigado en el folclore colombiano, especialmente en zonas rurales y selváticas de regiones como el Tolima, el Huila, el Caquetá, el Meta, el Chocó, Antioquia y los Llanos Orientales. Aunque inicialmente se transmite como historia de miedo, su verdadero valor cultural se halla en su capacidad de estructurar la identidad territorial y reforzar el sentido de pertenencia regional. A través de la asociación simbólica con paisajes específicos y el señalamiento moral de comportamientos desviados, La Patasola se convierte en un dispositivo narrativo de apego comunitario, de orientación espacial y de organización simbólica del territorio. Este análisis

propone comprender dicha leyenda desde los enfoques sociocultural, del apego emocional al lugar y del comportamiento espacial y control, abordando cómo el mito opera no solo como relato, sino como práctica cultural anclada en el territorio que fortalece los vínculos identitarios de quienes lo habitan.

Desde el enfoque sociocultural, los relatos míticos no son elementos decorativos del imaginario popular, sino expresiones funcionales del sistema de creencias, valores y estructuras que organizan la vida comunitaria. Geertz (1973) afirmaba que "la cultura es un conjunto de mecanismos simbólicos heredados mediante los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes hacia la vida". Bajo esta premisa, La Patasola no es solo una figura monstruosa femenina que aparece en el bosque; es un artefacto cultural que comunica y preserva normas morales, delimita el comportamiento deseable y da sentido a los territorios donde se enraíza. En los relatos orales campesinos, su aparición ocurre en lugares significativos: selvas densas, cafetales alejados, montañas boscosas, caminos veredales, márgenes de ríos. Esos paisajes no son neutrales; al ser escenario del mito, se transforman en espacios cargados de memoria colectiva y pertenencia emocional.

Este vínculo se clarifica desde el enfoque del apego emocional al lugar, propuesto por Yi-Fu Tuan (1977), quien planteó que las personas desarrollan vínculos afectivos profundos con el espacio cuando este se conecta con experiencias significativas, rituales o narraciones compartidas. La leyenda de La Patasola, al ser contada desde la infancia y reforzada en la vida cotidiana, inscribe emocionalmente a sus oyentes en un territorio que ya no es simplemente natural o geográfico, sino cultural y simbólicamente habitado. La montaña donde "vive" La Patasola, el río donde fue vista, el sendero que se evita al caer la noche, son todos lugares que adquieren significado narrativo y afectivo. En esta dinámica, el mito actúa como anclaje de identidad territorial: vivir allí donde la leyenda habita significa también compartir un código simbólico, un miedo común, una historia colectiva que diferencia a los locales de los foráneos.

El enfoque de comportamiento espacial y control aporta otro nivel de análisis. Michel de Certeau (1980) señaló que los relatos míticos y populares regulan la manera en que los sujetos se mueven por el espacio, construyendo mapas mentales sobre lo permitido y lo prohibido. En este sentido, La Patasola es una figura que regula el tránsito espacial mediante el miedo simbólico. Evitar el monte al anochecer, no internarse solo en el bosque, respetar la naturaleza, cuidar el hogar y la fidelidad conyugal son conductas que el mito refuerza mediante su amenaza. Pero esta regulación también tiene un efecto inverso: consolida la comunidad, fortalece la noción de hogar como espacio seguro y delimita la frontera entre el "nosotros" protegido y el "más allá" amenazante. El control simbólico del espacio refuerza, por tanto, el sentido de pertenencia al territorio conocido, al espacio compartido por quienes saben dónde vive La Patasola y cómo evitarla.

Desde esta articulación, se evidencia que el mito contribuye a reforzar el sentido de pertenencia regional mediante la producción de lo que Nora (1984) denominó "lugares de memoria". Estos lugares, aunque no sean necesariamente físicos o materiales, son espacios cargados de significación donde la memoria colectiva se reactiva y perpetúa. La leyenda de La Patasola actúa como catalizador de este tipo de lugares: cada comunidad rural tiene su versión, su geografía narrativa específica, sus testimonios y advertencias. La leyenda permite que una montaña del Tolima, un camino del Meta o una quebrada del Caquetá no sean simplemente accidentes geográficos, sino espacios con historia, con afecto, con comunidad. Contar la leyenda, recordar los encuentros, advertir sobre los lugares, reactualiza continuamente el sentido de pertenencia territorial.

El papel de la leyenda en la configuración de la identidad también puede leerse desde la perspectiva de la territorialización simbólica. Raffestin (1980) argumenta que el territorio no es solo tierra ocupada, sino espacio producido culturalmente a través de prácticas y signos. En este sentido, la leyenda de La Patasola contribuye activamente a la producción simbólica del territorio al identificar ciertos espacios como lugares de advertencia, protección o castigo. Estas marcas simbólicas son compartidas socialmente y, por tanto, construyen comunidad. Saber dónde vive La Patasola y cómo evitarla implica formar parte

de un colectivo que comparte narrativas, emociones y estrategias frente al espacio. Este conocimiento localizado, muchas veces ignorado por los discursos técnicos o estatales sobre el territorio, es un saber popular que constituye la base del sentido de pertenencia.

Adicionalmente, la leyenda tiene un fuerte componente de diferenciación identitaria. Como plantea Appadurai (1996), las comunidades locales construyen su identidad no solo por lo que son, sino también por lo que narran. La Patasola, al ser particular de ciertas regiones, opera como marcador identitario. Decir “en esta montaña aparece” o “en esta vereda la escucharon” diferencia a la comunidad de otras, genera un sentimiento de exclusividad narrativa, de posesión cultural sobre el relato. Esta apropiación local fortalece el sentimiento de orgullo, pertenencia y defensa del territorio. En contextos de migración, desplazamiento o urbanización, estas leyendas funcionan también como formas de reterritorialización simbólica, donde quienes migran o son desplazados intentan recrear su identidad contando los mitos de su lugar de origen.

Cabe destacar que esta identidad territorial se fortalece también mediante las prácticas orales, festivas y pedagógicas vinculadas al mito. En muchas regiones del país, la figura de La Patasola ha sido incorporada a comparsas escolares, dramatizaciones folclóricas, concursos de cuentos y festivales de leyendas. Estas apropiaciones no solo mantienen vivo el relato, sino que actualizan su valor cultural como símbolo del lugar. La leyenda deja de ser solamente un recuerdo del pasado y se convierte en un signo actual de pertenencia, una marca viva del territorio en las generaciones más jóvenes. Este proceso evidencia la capacidad del mito para adaptarse y seguir cumpliendo funciones identitarias y sociales en contextos cambiantes.

La leyenda de La Patasola, entendida desde los enfoques sociocultural, del apego emocional y del comportamiento espacial, se revela como una construcción narrativa que fortalece profundamente el sentido de pertenencia local y regional en Colombia. A través del miedo simbólico, la memoria oral y la identificación con el paisaje, el mito articula un modo de habitar el territorio que no es solo físico, sino también emocional y cultural. Al asignar significados compartidos a espacios específicos, al diferenciar a quienes conocen la leyenda

de quienes no, y al reactivar continuamente la memoria colectiva del lugar, La Patasola se consolida como una herramienta de identidad territorial, de arraigo y de comunidad. Más que una simple historia rural, es una forma viva de narrar el territorio, de trazar mapas con palabras y emociones, de construir pertenencia en el corazón mismo de la geografía contada.

MITO Y FORMACIÓN MORAL

La leyenda de La Patasola, ampliamente difundida en el territorio colombiano, es mucho más que una narrativa folclórica destinada a infundir miedo o entretener a través del relato oral. En su estructura simbólica y funcional, esta figura mítica femenina opera como una herramienta de regulación ética y pedagógica profundamente enraizada en la tradición oral campesina. Su dimensión moral se manifiesta en la transmisión de valores y antivalores, lo que la convierte en un dispositivo narrativo con finalidades didácticas, especialmente en comunidades rurales con acceso limitado a sistemas formales de educación. El mito, por tanto, no es un residuo de superstición sino una forma alternativa de pedagogía, que en palabras de Paulo Freire (1970), permite que el conocimiento surja a partir de la experiencia cultural compartida, en un proceso de concientización comunitaria. Para profundizar en su potencial ético-pedagógico, se hace necesario analizar cómo la leyenda de La Patasola articula valores y normas de comportamiento desde la perspectiva de los pedagogos conductistas, particularmente B. F. Skinner y John B. Watson, y cómo refuerza códigos morales a través de la conducta observada y las consecuencias asociadas a ella.

La figura de La Patasola se presenta comúnmente como una mujer atractiva que atrae a los hombres en territorios selváticos, pero que se transforma en una criatura monstruosa y agresiva una vez logra acercarse a su víctima. Este comportamiento alegórico tiene como propósito castigar la lujuria, la infidelidad, el abandono del hogar o la violación de límites territoriales y éticos. El relato comunica así un sistema de valores que incluye el respeto a la fidelidad conyugal, la prudencia, el apego a la comunidad, la obediencia a normas no escritas y la relación respetuosa con la naturaleza. Paralelamente, se condenan comportamientos considerados antivalores como el deseo desmedido, la traición, la irresponsabilidad familiar, la ambición o la irreverencia frente al orden comunitario. Estas enseñanzas no se presentan de forma abstracta, sino mediante una narrativa emocionalmente potente que ejemplifica las consecuencias del comportamiento, en línea con los principios del conductismo pedagógico.

Desde esta perspectiva, John B. Watson (1924), pionero del conductismo, sostenía que el aprendizaje humano se basa en la asociación estímulo-respuesta, y que los individuos pueden ser moldeados mediante el condicionamiento ambiental. La leyenda de La Patasola funciona precisamente como una forma de condicionamiento narrativo. El relato actúa como estímulo emocional, provocando miedo y ansiedad en los oyentes —especialmente en niños y jóvenes— que se traduce en la evitación de ciertas conductas. Así, mediante el refuerzo negativo (el castigo representado por el ataque de la criatura), se busca evitar comportamientos indeseados. La leyenda enseña no por medio de la explicación racional, sino a través del impacto emocional y la anticipación del castigo. Esto se alinea también con las propuestas de B. F. Skinner (1953), quien planteaba que las conductas se modifican por medio de refuerzos positivos y negativos. En este caso, el mito proporciona un entorno simbólico donde el refuerzo negativo —el sufrimiento, el extravío, la muerte— produce aprendizaje mediante el miedo y la imitación.

En este contexto, La Patasola puede ser comprendida como un agente moralizador que, dentro de los esquemas conductistas, actúa sobre la conducta observable, reforzando o inhibiendo patrones específicos. Por ejemplo, se refuerza la idea de no aventurarse solo en el bosque, de mantener la fidelidad conyugal o de evitar la codicia, conductas que son observables y socialmente deseables. El relato permite entonces moldear la conducta sin necesidad de estructuras institucionales complejas. Esta pedagogía implícita ha sido funcional especialmente en contextos rurales de escasa escolarización, donde las figuras parentales y comunitarias recurren a la narrativa mítica como estrategia de control conductual y de formación del carácter.

La estructura de la leyenda apoya su dimensión pedagógica al permitir la identificación emocional con los personajes y las situaciones narradas. El receptor —tanto niño como adulto— internaliza el relato no solo como una advertencia, sino como una estructura de acción-reacción. Se aprende que la traición tiene castigo, que el desvío de la norma genera consecuencias, y que el respeto por el entorno natural y social es una garantía de seguridad. Tal como señalaba Albert Bandura (1977) en su teoría del aprendizaje social, el ser humano

aprende también observando las consecuencias de las acciones en otros, ya sean reales o simbólicas. La Patasola, como personaje punitivo, permite este aprendizaje vicario, donde el castigo observado en el relato induce a la modificación de la conducta sin necesidad de que el oyente sufra directamente el evento.

A nivel ético, el relato refuerza la moral tradicional basada en el cumplimiento de normas colectivas. Esto se observa en la función ejemplarizante del castigo: el hombre infiel, el niño desobediente, el leñador ambicioso o el viajero temerario reciben sanción por romper pactos implícitos con la comunidad o la naturaleza. Esta ética, aunque conservadora, tiene un efecto cohesivo en los grupos sociales rurales, donde el orden moral no está garantizado institucionalmente, sino simbólicamente. En términos de Durkheim (1912), los mitos como el de La Patasola constituyen una forma de “moral colectiva” que se manifiesta a través de representaciones sagradas y emociones compartidas, funcionando como mecanismo de integración social.

En cuanto a los valores promovidos, el mito sostiene el respeto por los espacios comunitarios, el cuidado del entorno natural, la centralidad de la familia y la obediencia a las normas tradicionales. Estos valores son claves en la configuración de la vida rural y se reproducen mediante el relato oral, que actúa como agente socializador. Por el contrario, los antivalores condenados incluyen el egoísmo, la traición, el machismo descontrolado, la desobediencia, la falta de autocontrol y el irrespeto por los límites ecológicos y sociales. Esta codificación simbólica no solo orienta la conducta individual, sino que protege el tejido comunitario de tensiones internas al reforzar comportamientos que priorizan la armonía social sobre el deseo individual.

Cabe destacar que el mito de La Patasola, en su dimensión pedagógica, no opera de manera aislada, sino en conjunción con otros relatos similares (La Llorona, El Mohán, El Sombrerón), que conforman un sistema narrativo destinado a estructurar la moral popular. La eficacia pedagógica de estas leyendas radica en su repetición constante, en su inscripción en la vida cotidiana y en su vinculación con el espacio vivido. Como indica Vigotsky (1978), el aprendizaje ocurre en un entorno cultural específico, donde los símbolos y relatos forman

parte del desarrollo de la conciencia. En este entorno, La Patasola no solo educa, sino que estructura la relación entre el sujeto y su mundo, modelando expectativas, temores y aspiraciones morales.

La leyenda, por tanto, no debe ser vista como un resabio folclórico sin funcionalidad, sino como una forma sofisticada de pedagogía cultural. La Patasola enseña sin escuela, moraliza sin templo, forma sin manuales. Su relato permite la transmisión generacional de códigos éticos funcionales al entorno comunitario, lo que le otorga un valor inestimable como herramienta pedagógica y reguladora. En el contexto actual, donde muchas comunidades rurales enfrentan crisis de autoridad, fragmentación familiar y desplazamiento, la leyenda sigue cumpliendo su papel como estructura simbólica de contención moral.

A la luz de lo expuesto, se puede afirmar que la leyenda de La Patasola funciona como un artefacto ético-pedagógico altamente eficaz en el contexto colombiano. Mediante la narración emocionalmente intensa y el castigo ejemplarizante, el mito enseña, refuerza y regula comportamientos clave para la cohesión comunitaria y la estabilidad del entorno. Su funcionalidad se comprende mejor desde las teorías conductistas del aprendizaje, que explican cómo los individuos interiorizan normas mediante el condicionamiento y la observación de consecuencias. La Patasola, en este marco, no es solo un personaje del miedo, sino un dispositivo narrativo de formación del carácter y la conducta. En ella confluyen tradición, emoción, moral y pedagogía en una forma de educación popular profundamente eficaz, cuya vigencia continúa siendo testimonio de su poder simbólico y social.

CONDUCTA Y MITO RURAL

La leyenda de La Patasola, presente en buena parte del territorio colombiano, especialmente en zonas rurales y selváticas, ha operado históricamente como un recurso narrativo que regula, a través del miedo, los comportamientos individuales y colectivos. Lejos de limitarse a su dimensión folclórica o fantástica, este mito femenino, caracterizado por su cuerpo deformado y su capacidad de metamorfosis, constituye un instrumento pedagógico informal y una forma de control social. Su eficacia cultural puede ser comprendida a través de las lentes del conductismo pedagógico, en especial desde las teorías de John B. Watson, B. F. Skinner y Albert Bandura, que plantean que el aprendizaje humano está basado en la asociación entre estímulo, respuesta y consecuencias observadas. En este marco, el relato de La Patasola premia simbólicamente ciertos comportamientos, castiga otros, y establece un sistema ético implícito, transmitido intergeneracionalmente mediante la tradición oral.

Desde el relato clásico, La Patasola aparece como una mujer de gran belleza que seduce a hombres —por lo general cazadores, jornaleros o campesinos— que se internan solos en el bosque, el cafetal o el monte. Una vez logra atraerlos, se transforma en una figura monstruosa que representa la amenaza moral y la sanción por conductas consideradas inadecuadas en la comunidad. Este proceso narrativo, cargado de emociones como el miedo, el asombro o la culpa, genera aprendizajes duraderos en los oyentes, sobre todo en niños, adolescentes y jóvenes, que interiorizan el mensaje pedagógico implícito en el castigo simbólico.

Desde el enfoque del conductismo clásico, Watson (1924) propuso que el aprendizaje es una función de asociaciones condicionadas entre estímulos y respuestas observables. En el caso de La Patasola, el estímulo narrativo (la historia de terror) provoca una respuesta emocional de temor, que se asocia al comportamiento que debe evitarse: la infidelidad, la desobediencia, la explotación desmedida del bosque, o el aislamiento imprudente. Este condicionamiento negativo actúa como una advertencia anticipada, reforzando patrones

conductuales deseables. A este modelo se suma la propuesta de Skinner (1953) sobre el condicionamiento operante, en la cual las consecuencias de una conducta determinan su frecuencia futura. La leyenda ofrece refuerzos negativos —el ataque de La Patasola, la muerte o la locura— frente a conductas desviadas, y refuerzos positivos implícitos, como la seguridad, la aceptación comunitaria o la armonía familiar, frente a comportamientos valorados como obediencia, respeto, prudencia y fidelidad.

En términos éticos, el mito castiga claramente un conjunto de acciones: el abandono del hogar, el deseo sexual descontrolado, la transgresión del orden conyugal, la violación del entorno natural, el exceso de confianza masculina frente a lo desconocido y la desobediencia a las advertencias comunitarias. Por otro lado, premia comportamientos como el apego a la comunidad, la obediencia a las normas sociales, la moderación de los impulsos, la fidelidad conyugal y el respeto al territorio. En este sentido, La Patasola funciona como un dispositivo narrativo que refuerza el código moral tradicional de las comunidades rurales, muchas veces conservador, pero funcional en la reproducción de la cohesión social.

Desde el punto de vista del aprendizaje social, Bandura (1977) complementa el análisis conductista al proponer que gran parte del aprendizaje humano ocurre mediante la observación de modelos y la imitación de conductas. Aunque La Patasola no es un personaje "modelo" a seguir, el castigo ejemplar que imparte a los transgresores sirve como modelo de consecuencia, es decir, permite el aprendizaje vicario. Las personas aprenden a no actuar como los personajes castigados en el relato, desarrollando actitudes de autocontrol, vigilancia y prudencia. Este tipo de aprendizaje no requiere experiencia directa, sino exposición reiterada a narrativas culturalmente compartidas, como lo es esta leyenda.

La eficacia pedagógica de la leyenda está mediada por su forma narrativa. Al estar inserta en la oralidad, la leyenda se transmite en espacios cotidianos, como las fogatas, las cocinas rurales, las tardes en el campo o las noches de comunidad. Esta transmisión se da en clave emocional, generando un vínculo afectivo entre el oyente y el mensaje. Según Freire (1970), toda educación significativa parte de la cultura del oprimido y no puede imponerse desde

estructuras externas. En ese marco, La Patasola no enseña desde la verticalidad institucional, sino desde la horizontalidad del relato compartido, lo que fortalece su capacidad de generar transformaciones conductuales perdurables.

Además de su función correctiva, la leyenda también contiene una dimensión preventiva. Al señalar las conductas peligrosas y sus posibles consecuencias, anticipa escenarios de riesgo y prepara a los sujetos para evitar acciones indeseables. Esta prevención se inscribe en lo que Durkheim (1912) denominaba "función moral del mito", entendida como la capacidad de las narrativas sagradas para sostener el orden social. En comunidades rurales donde la presencia estatal es limitada y las instituciones educativas son débiles, los mitos suplen funciones normativas esenciales, operando como una pedagogía culturalmente situada.

La territorialidad de la leyenda refuerza su función pedagógica. La Patasola aparece en lugares precisos: veredas, montes, quebradas o cafetales específicos. Estos lugares no son neutros; al ser escenarios del castigo mítico, se transforman en espacios simbólicos que regulan el comportamiento humano. Como plantean Low y Lawrence-Zúñiga (2003), los espacios están cargados de significados emocionales y sociales, y el miedo puede actuar como un organizador espacial. En este caso, la leyenda convierte ciertos lugares en zonas de control moral, demarcando lo que debe hacerse y lo que debe evitarse. El espacio, entonces, se vuelve un aliado del aprendizaje conductual, al ofrecer claves simbólicas para orientar la acción.

Este ordenamiento ético no solo se limita al comportamiento individual, sino que reproduce estructuras colectivas. El hombre castigado por La Patasola es, casi siempre, aquel que rompe el pacto con la comunidad: se aleja de los suyos, abandona responsabilidades, viola normas compartidas. El castigo que recibe —la mutilación, la muerte, la pérdida— es también un castigo simbólico a la ruptura del lazo social. En esa medida, el mito sanciona no solo la conducta sino la desviación del orden colectivo, reforzando la importancia de la pertenencia, la solidaridad y el respeto mutuo.

La utilidad del mito en la formación ética y pedagógica no reside únicamente en su capacidad de sancionar, sino también en su carácter adaptativo. La leyenda de La Patasola ha sido reinterpretada en múltiples contextos, incluso en discursos feministas contemporáneos donde se resignifica como símbolo de resistencia femenina frente a la violencia patriarcal. Esta capacidad de mutación y adaptación refuerza su vigencia como herramienta educativa, que no se ancla en el pasado, sino que se reactualiza según las tensiones sociales de cada época. Como lo sostiene Vigotsky (1978), los procesos de aprendizaje deben estar situados en contextos culturales activos y cambiantes; La Patasola cumple con esa condición al mantenerse viva en el relato y en la conducta cotidiana de muchas comunidades.

La leyenda de La Patasola, desde el enfoque conductista y ético-pedagógico, funciona como un sistema narrativo que premia la fidelidad, la obediencia, el respeto comunitario y la prudencia, al tiempo que castiga la traición, la desobediencia, la ambición y la ruptura del lazo social. Su eficacia reside en la capacidad de generar aprendizajes mediante el condicionamiento emocional, el refuerzo de consecuencias y el modelado vicario, tal como lo proponen Watson, Skinner y Bandura. A través del miedo simbólico y la narración oral, esta figura mítica no solo estructura la conducta individual, sino que fortalece las normas sociales, refuerza la identidad colectiva y articula un sistema pedagógico informal pero poderoso. En un país caracterizado por la diversidad territorial y cultural, La Patasola permanece como una guía ética compartida, una memoria emocional que educa desde el miedo, pero también desde la pertenencia y el arraigo.

COMPLEJIDAD NARRATIVA MÍTICA

La leyenda de La Patasola, ampliamente difundida en la tradición oral de Colombia, constituye una pieza clave del imaginario rural y popular del país. En ella convergen elementos estéticos, simbólicos y narrativos que superan con creces el relato anecdótico o la historia de miedo superficial. Su permanencia en la memoria colectiva no solo responde a su valor como vehículo de advertencia o mecanismo de control social, sino también a su riqueza estructural, expresiva y creativa. En efecto, La Patasola representa un relato complejo, con una arquitectura narrativa flexible y una estética cargada de elementos simbólicos, lo que la convierte en una producción cultural de alta densidad literaria. Este texto analiza dicha complejidad a partir de las teorías de la narrativa literaria, la poética mítica y la estética popular, para valorar la profundidad compositiva del mito, así como su capacidad de renovación, simbolización y representación multiforme.

Desde la perspectiva narratológica, los estudios de Tzvetan Todorov (1970) y Gérard Genette (1980) ofrecen herramientas clave para entender la estructura interna de la leyenda. Según Todorov, todo relato complejo presenta una progresión basada en un equilibrio inicial, una ruptura, un conflicto y una resolución —estructura que La Patasola respeta con sorprendente rigor. El relato tradicional inicia en un contexto cotidiano, casi siempre en un ambiente campesino: un hombre se adentra en la montaña o el bosque, usualmente en busca de recursos naturales o por algún deber laboral. En este marco de normalidad, aparece la figura femenina, una mujer hermosa y enigmática que irrumpe el orden con su presencia. El clímax se da con la transformación física de la mujer —quien revela su pierna única o deformada— y su ataque al protagonista, dando paso al desenlace, que varía entre la muerte, el escape traumático o la locura. Esta estructura lineal, aunque simple en apariencia, se enriquece con variaciones regionales, niveles de profundidad simbólica y múltiples recursos expresivos que dotan al relato de dinamismo y riqueza.

Desde una óptica semiótica, Umberto Eco (1979) señalaba que los relatos míticos contienen un “excedente de sentido”, es decir, un repertorio simbólico capaz de ser interpretado en

distintos niveles y contextos. La Patasola, en su dimensión estética, despliega un conjunto de signos que remiten a lo corporal, lo prohibido, lo natural y lo moral. La figura de la mujer bella que se convierte en monstruo encarna el arquetipo jungiano de la “femme fatale” o del “anima oscura”, símbolo de la dualidad humana entre el deseo y el castigo, entre la belleza y la destrucción. Esta oposición interna, propia de las grandes narrativas simbólicas, le otorga profundidad psicológica al mito y amplía su campo de interpretación. No se trata de una historia plana, sino de un relato con capas interpretativas que invitan tanto al análisis moral como a la reflexión estética.

En términos poéticos, el relato emplea recursos expresivos propios de la oralidad tradicional: repetición, paralelismo, ritmo narrativo, imágenes sensoriales intensas y metáforas visuales. Walter Ong (1982), en su estudio sobre la oralidad secundaria, afirma que las culturas orales no producen textos menores que las culturas escriturales, sino que desarrollan modos alternativos de belleza y complejidad narrativa, basados en la memorización, la reiteración y la performatividad. La Patasola se cuenta en voz alta, se adapta al momento y al público, se dramatiza con gestos, tonos, silencios. Esta performatividad transforma la narración en una experiencia estética viva, donde el contenido se enriquece con la forma y donde cada versión añade nuevos matices. El mito no tiene una versión única, sino múltiples variaciones que, lejos de empobrecerlo, lo fortalecen como sistema literario oral.

La riqueza narrativa de la leyenda también puede medirse desde la variedad de versiones que existen a lo largo del país. Como indica la teoría del folklore comparado, desarrollada por Vladimir Propp (1928), los cuentos tradicionales poseen una morfología flexible que les permite adaptarse a diferentes contextos sin perder su identidad básica. En el caso de La Patasola, encontramos versiones afrocolombianas en el Chocó donde el personaje se mezcla con figuras ancestrales; en Antioquia, toma características más urbanas o mineras; en los Llanos Orientales, aparece como protectora de la naturaleza. Cada adaptación añade elementos narrativos propios: en algunos casos, la criatura es vengativa por haber sido traicionada; en otros, castiga a quienes abusan del entorno natural. Esta ductilidad

estructural y temática hace del mito una narración viva, en constante diálogo con el contexto, lo cual es signo de una alta creatividad cultural.

Además, La Patasola contiene elementos que enriquecen su dimensión estética desde el punto de vista del horror popular. Según Noël Carroll (1990), el horror narrativo se basa en una serie de operaciones cognitivas que combinan lo normal con lo anormal, lo conocido con lo inesperado. La leyenda maneja con maestría esta combinación: parte de lo cotidiano para introducir paulatinamente lo perturbador, jugando con la ambigüedad del personaje femenino, que oscila entre la víctima y la victimaria, entre la tentación y la amenaza. Este uso del suspenso, la ambivalencia y la transformación física súbita son elementos narrativos complejos que exigen del narrador y del oyente una capacidad de interpretación y visualización avanzada.

La estética de La Patasola también se encuentra en su dimensión plástica y visual. Las descripciones orales suelen detallar con minuciosidad la imagen deformada del personaje: su único seno, su pierna monstruosa, sus colmillos, su risa macabra. Estos elementos se convierten en imágenes mentales poderosas que generan una experiencia sensorial y emocional intensa. Roland Barthes (1972) indicaba que el mito moderno, como forma estética, se alimenta de imágenes que condensan significados complejos. En La Patasola, el cuerpo deformado es símbolo de lo reprimido, de la culpa, de lo monstruoso que emerge desde lo bello. Esta estética de lo grotesco añade una dimensión simbólica a la narrativa, donde lo visual es también forma de conocimiento.

Por otra parte, desde la teoría de la creatividad narrativa, Howard Gardner (1993) sostiene que las formas de inteligencia múltiples permiten que los individuos desarrollen competencias narrativas no solo en la escritura, sino también en la oralidad, el gesto, la memoria y la improvisación. La leyenda de La Patasola es un ejemplo notable de inteligencia narrativa colectiva, ya que implica la activación de recursos expresivos múltiples: la entonación, el manejo del ritmo, la selección léxica, el uso de la tensión dramática. Los narradores rurales, muchas veces analfabetas, despliegan en estas leyendas capacidades

creativas comparables a las de un escritor profesional, lo cual dignifica y valida la producción estética popular.

Finalmente, es necesario subrayar que la riqueza estética de la leyenda no está solo en el relato, sino en su capacidad de recreación artística. La figura de La Patasola ha sido representada en canciones, pinturas, teatro, cine y literatura contemporánea, lo que amplía su campo de significación. Su poder icónico la convierte en fuente de inspiración y reescritura, prueba de su densidad narrativa y simbólica. Como lo plantea Julia Kristeva (1980), los textos culturales de fuerte carga simbólica se reactivan continuamente en nuevos lenguajes y formatos, operando como "intertextos" que resisten el olvido y renuevan sus sentidos.

La leyenda de La Patasola, desde una mirada narrativa, estética y creativa, exhibe una estructura compleja y rica, producto de una tradición oral refinada y adaptativa. Su composición, lejos de ser ingenua o simplista, responde a principios narrativos sofisticados: progresión dramática, tensión simbólica, recursos poéticos, transformación de personajes y capacidad de adaptación cultural. Al mismo tiempo, su contenido simbólico permite múltiples interpretaciones —morales, psicológicas, ecológicas, sociales— que profundizan su impacto y su valor estético. En ella se encarna una narrativa viva, plástica y performativa, que demuestra que la tradición oral es capaz de producir estructuras literarias tan complejas como las de la literatura culta, y que el mito, cuando es narrado con arte, se convierte no solo en una advertencia social, sino también en una obra de creación colectiva de altísima riqueza expresiva.

LENGUAJE MÍTICO CREATIVO

La leyenda de La Patasola ocupa un lugar relevante dentro del acervo cultural colombiano, no solo por su función de control moral y territorial, sino también por su capacidad estética y expresiva. En su forma oral, esta narrativa ha atravesado generaciones, territorios y clases sociales, adaptándose a contextos cambiantes sin perder su fuerza simbólica. Una de las claves de su perdurabilidad es su riqueza literaria, evidenciada en el uso de recursos como metáforas, hipérboles, personificaciones, antítesis e incluso, en ciertas variantes, el humor negro o irónico. Estos recursos retóricos no son meramente ornamentales: cumplen funciones narrativas, cognitivas y emocionales que convierten a la leyenda en una experiencia estética y creativa, además de moralizante. En este sentido, se propone un análisis de La Patasola desde una perspectiva estilística y semiótica, sustentado en teorías literarias sobre la riqueza expresiva y la narración oral.

La metáfora, en primer lugar, es uno de los elementos más distintivos del relato. La transformación de una mujer hermosa en una criatura monstruosa —con un solo seno, un colmillo afilado y una sola pierna acabada en pezuña— no debe entenderse solo como una literalidad fantástica, sino como una metáfora del engaño, del deseo castigado, de la transgresión encarnada. En palabras de Paul Ricoeur (1975), la metáfora “dice una cosa en términos de otra” y produce un reordenamiento semántico de la realidad. En la leyenda, la mujer hermosa simboliza la tentación, mientras que su deformación súbita remite a la verdad oculta del deseo y las consecuencias del pecado. Esta metáfora corporal habla no solo del cuerpo, sino del alma y de la moral: el afuera bello oculta un adentro corrupto. Se trata de una metáfora extendida que organiza todo el relato.

Junto a la metáfora, la hipérbole aparece como un recurso frecuente en las versiones orales de La Patasola. El grito que atraviesa montañas, la risa que hiela la sangre, el salto de la criatura que cruza quebradas de un solo impulso, o el poder que tiene para dejar locos a los hombres con solo mirarlos, son ejemplos de exageración narrativa que buscan provocar asombro y miedo. La hipérbole, como afirma Aristóteles en su *Retórica*, es una figura

esencial del discurso poético porque "expresa lo imposible para intensificar la emoción". En este caso, la emoción es el terror, la alerta, la tensión. La hipérbole también tiene una función didáctica: al exagerar el castigo, refuerza la gravedad del comportamiento que lo provoca. En la pedagogía tradicional de las sociedades orales, la exageración no distorsiona, sino que subraya.

El uso de recursos como la personificación también fortalece la estética del relato. La selva, el monte, el río o el viento adquieren vida en las narraciones: "el bosque es cómplice", "la noche la protege", "el viento lleva su risa". Esta animación del paisaje convierte el entorno natural en un sujeto activo del mito, reforzando su atmósfera mágica y su tensión narrativa. Según Gaston Bachelard (1957), en *La poétique de l'espace*, la imaginación popular tiende a vivificar los elementos naturales cuando estos se asocian a memorias afectivas o temores colectivos. En el relato de La Patasola, los lugares no son meros escenarios, sino participantes del drama, lo que profundiza su dimensión estética.

En algunas versiones, especialmente aquellas con intención lúdica o educativa, aparece el humor como elemento inesperado. Este humor puede adoptar formas irónicas (el castigo exagerado al macho infiel), grotescas (las descripciones del cuerpo de la criatura) o satíricas (la burla del campesino que logra engañarla). Aunque no es el tono dominante, el humor cumple una función compensatoria: alivia el exceso de tensión, permite la apropiación cultural del mito desde el juego, y facilita su transmisión entre niños y jóvenes. Mijaíl Bajtín (1984) afirmaba que el humor popular, aun en contextos trágicos o aterradores, tiene una función liberadora: "permite a los pueblos apropiarse de sus miedos mediante la risa". En ese sentido, el humor en La Patasola actúa como válvula estética para evitar el colapso emocional y reforzar el carácter comunitario del relato.

La estructura misma del relato es también signo de riqueza literaria. Lejos de limitarse a un esquema lineal, la narración suele incorporar fórmulas de repetición, uso del ritmo oral, descripciones vívidas y juegos de tensión entre lo conocido y lo inesperado. Como advierte Walter Ong (1982), la oralidad desarrolla estructuras retóricas específicas que permiten fijar la memoria, mantener la atención y facilitar la participación colectiva. En la leyenda de La

Patasola, es común que el narrador repita frases como “y cuando se dio la vuelta…”, o “pero lo que no sabía era que…”, generando un efecto de suspenso cíclico que mantiene al oyente en alerta y crea un ritmo interno que sustituye a la puntuación escrita. Esta musicalidad narrativa constituye un rasgo estilístico propio de la oralidad literaria.

Desde el punto de vista de la estética literaria, la riqueza expresiva de La Patasola puede entenderse también en términos de “literariedad”, concepto desarrollado por los formalistas rusos como Roman Jakobson y Viktor Shklovsky. La literariedad es aquello que distingue el lenguaje poético del lenguaje práctico, y se logra a través de procedimientos como la desautomatización del lenguaje, la extrañeza, la metaforización y la construcción de imágenes sensoriales. La Patasola desautomatiza la percepción del bosque, del cuerpo femenino, del deseo, del castigo. Lo familiar se vuelve extraño: la mujer bella no es lo que parece; el monte, aparentemente inocente, es un espacio acechante; el acto de caminar solo se convierte en una transgresión. El relato, entonces, no solo transmite un mensaje, sino que transforma la forma en que se percibe el mundo.

La variabilidad de las versiones también incrementa la riqueza creativa del mito. Según Linda Dégh (1995), las leyendas urbanas y rurales se adaptan a su audiencia, y cada narrador introduce modificaciones que enriquecen el relato y lo hacen propio. En el caso colombiano, cada región le ha añadido a La Patasola características específicas: en Antioquia tiene acento paisa; en los Llanos, aúlla como una fiera; en el Tolima, deja huellas humeantes; en el Chocó, aparece en las minas. Esta plasticidad narrativa es signo de una alta creatividad colectiva, donde cada narrador actúa como un autor oral que interviene el relato con elementos nuevos, sin romper su coherencia simbólica. La creatividad, como plantea Lev Vygotsky (1967), no es un lujo exclusivo del arte académico, sino una función psíquica fundamental que opera también en la tradición oral y en la vida cotidiana.

Finalmente, desde la teoría de la estética de la recepción, desarrollada por Hans Robert Jauss (1982), es posible afirmar que la riqueza estética del mito reside también en su capacidad de provocar respuestas interpretativas activas. El oyente no es un receptor pasivo, sino un co-creador del relato, que interpreta, recuerda, imagina y reconstruye las

escenas contadas. La Patasola no se escucha solo con los oídos, sino con el cuerpo, con la emoción, con la memoria. Cada oyente le da una forma distinta, una voz, un rostro, una intención. Esa apertura estética, propia de las obras ricas en ambigüedad y profundidad, confirma la densidad simbólica del mito.

El análisis de la leyenda de La Patasola desde sus recursos expresivos —metáforas, hipérboles, personificaciones y humor— revela una narrativa de gran densidad literaria y riqueza creativa. Estos recursos no cumplen una función meramente estilística, sino que estructuran la experiencia emocional y cognitiva del relato, facilitando su transmisión, comprensión e impacto. La metáfora del cuerpo, la exageración de los castigos, la animación del paisaje y el uso estratégico del humor, construyen un universo simbólico complejo que articula lo estético con lo moral, lo narrativo con lo performativo. Esta riqueza formal, que se manifiesta en la variabilidad, la musicalidad y la plasticidad del relato, convierte a La Patasola en una obra de arte popular viva, que no solo transmite valores culturales, sino que celebra la potencia creativa de la oralidad. Más allá del miedo que provoca, el mito seduce por su capacidad para decir lo esencial mediante imágenes poderosas, para educar a través del asombro, y para renovar continuamente, en cada palabra contada, el arte antiguo de narrar.

VERSATILIDAD DEL MITO POPULAR

La leyenda de La Patasola, profundamente arraigada en el imaginario rural colombiano, ha demostrado una notable capacidad de adaptación a los cambios históricos, políticos y sociales que ha vivido el país. Esta versatilidad no solo confirma su valor simbólico como mito funcional, sino que pone en evidencia su rol como herramienta narrativa moldeable que dialoga con las tensiones del presente sin perder su identidad mítica. Desde su origen como relato de control moral y territorial, hasta sus recientes resignificaciones en discursos feministas, ambientalistas y culturales contemporáneos, La Patasola ha demostrado que el mito no es una forma estática, sino un dispositivo narrativo vivo que muta, se reinterpreta y se proyecta sobre las múltiples dimensiones de la experiencia humana.

Según Claude Lévi-Strauss (1958), el mito no debe entenderse como un vestigio del pensamiento primitivo, sino como una forma estructurada de comprensión del mundo, que condensa tensiones sociales, valores colectivos y contradicciones históricas. En el caso de La Patasola, esta leyenda ha servido históricamente como metáfora del castigo a la transgresión, pero también como símbolo del miedo frente a lo desconocido, el control del espacio y la sexualidad femenina. Su presencia en diferentes regiones del país, cada una con sus propias variaciones, responde a la necesidad de las comunidades de construir un marco explicativo sobre fenómenos que oscilan entre lo moral, lo ecológico, lo político y lo psicosocial.

En contextos históricos específicos, el mito ha adquirido funciones particulares. Durante la colonización interna del siglo XIX y el auge de las economías extractivas (mineras, cafeteras, madereras), la leyenda era usada para advertir a los hombres que se internaban en territorios peligrosos o “virgenes”, estableciendo una frontera simbólica entre lo permitido y lo prohibido. La Patasola, en este sentido, se convirtió en guardiana mítica del monte, castigando a quienes rompían los códigos de comportamiento masculino o desafiaban los límites del cuerpo social. Esta función se puede leer, siguiendo a Mary Douglas (1966), como

una forma de “control de lo impuro”, donde el mito regula la contaminación simbólica mediante figuras monstruosas que castigan la desviación.

Políticamente, la leyenda ha mutado en escenarios de violencia y conflicto armado. En muchas zonas rurales marcadas por la presencia de actores armados ilegales, La Patasola ha sido reinterpretada como figura vengadora o como símbolo del dolor colectivo. En relatos orales recogidos en regiones del Magdalena Medio, del Putumayo o del sur del Tolima, la criatura castiga no solo al infiel, sino al violador, al invasor, al guerrillero o paramilitar que irrumpe en la comunidad. En estas versiones, el mito se convierte en un lenguaje cifrado que permite a las comunidades hablar del miedo, de la violencia y de la pérdida, sin nombrar directamente a los victimarios. Aquí el mito actúa como una forma de “memoria cultural” (Assmann, 1995), un canal narrativo que protege y codifica experiencias colectivas traumáticas, manteniendo vivo el relato de lo ocurrido, sin necesidad de documentos oficiales ni pruebas forenses.

En el plano social, La Patasola ha sido capaz de actualizarse frente a las transformaciones culturales contemporáneas. La creciente movilidad rural-urbana, el acceso a medios digitales y la expansión del pensamiento crítico han generado nuevas formas de interpretar el mito. Hoy, La Patasola aparece en novelas gráficas, cortometrajes, piezas teatrales, podcasts y memes, lo que demuestra su inserción en el ecosistema cultural digital. Esta migración del relato oral al espacio multimedia no debilita su potencia simbólica, sino que la potencia. Según Henry Jenkins (2006), los relatos transmedia permiten la expansión del contenido narrativo a múltiples plataformas, generando nuevas formas de interacción e interpretación. En este contexto, la leyenda no solo sobrevive, sino que se resignifica como símbolo cultural flexible.

Una dimensión particularmente rica de esta transformación es su resignificación desde perspectivas feministas contemporáneas. En muchos discursos actuales, La Patasola ya no es solo la bruja castigadora o la amante perversa, sino una figura de empoderamiento femenino. Se convierte en una mujer que fue traicionada, excluida o violentada, y que regresa como espíritu de justicia, defensa del territorio y venganza. Desde este ángulo, la

criatura no representa un castigo a la infidelidad, sino una respuesta simbólica al patriarcado, a la violencia de género o al extractivismo capitalista. Esta relectura se alinea con lo planteado por Homi Bhabha (1994), quien afirma que los símbolos culturales pueden ser reapropiados desde la "hibridación", generando nuevos significados en espacios de tensión entre dominación y resistencia.

La versatilidad de la leyenda también puede entenderse desde una perspectiva fenomenológica y existencial. Tal como plantea Paul Ricoeur (1986), los relatos míticos se constituyen en marcos de referencia simbólicos que ayudan a los sujetos a construir identidad y sentido frente a las grandes preguntas humanas: ¿Quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿qué es el mal?, ¿cómo se debe vivir? La Patasola responde a esas preguntas desde el terror, pero también desde la justicia y la moral. Para el joven que inicia su vida sexual, para la mujer que se siente violentada, para la comunidad que defiende su territorio, el mito ofrece una figura de identificación ambigua, pero poderosa. Se trata de un relato que no solo se escucha, sino que se habita, se padece y se transforma. En este sentido, el mito no es solo una herencia, sino una experiencia vivida y resignificada.

Desde la perspectiva teórica de la versatilidad narrativa, Linda Hutcheon (1988) señala que las historias más poderosas son aquellas que pueden ser recontadas en distintos contextos, adoptando nuevas formas sin perder su núcleo simbólico. La Patasola cumple plenamente con esta condición: ha transitado desde la oralidad campesina hasta el arte contemporáneo, desde el relato de advertencia moral hasta la pieza de crítica social, sin disolverse. Su adaptabilidad no significa debilidad estructural, sino fortaleza simbólica. Como figura mítica, es lo suficientemente flexible para encarnar distintos miedos, distintas violencias, distintas búsquedas de justicia, dependiendo del momento histórico y del grupo social que la cuenta.

En el campo de la teoría del mito y la dimensión humana, Mircea Eliade (1959) proponía que los mitos no son fantasías sin base, sino narraciones que proyectan las estructuras profundas del ser. La Patasola encarna tensiones esenciales: entre naturaleza y cultura, entre deseo y castigo, entre belleza y monstruosidad, entre víctima y victimaria. Por eso

puede ser leída por campesinos y artistas, por niños y adultos, por víctimas de violencia y por activistas ambientales. Su pluralidad interpretativa permite que el mito sea apropiado desde diversas subjetividades. Cada oyente o lector encuentra en ella una emoción, una advertencia, una identificación, una crítica o una inspiración. Así, el mito revela su capacidad para reflejar las múltiples dimensiones del ser humano en comunidad.

La leyenda de La Patasola, en su adaptabilidad a contextos históricos, políticos y sociales diversos, demuestra que el mito no es un relato fijo, sino una matriz simbólica viva que expresa, transforma y acompaña las tensiones de la sociedad. Desde su uso tradicional como regulador moral, pasando por su papel como memoria colectiva del conflicto armado, hasta su resignificación en clave de justicia de género o defensa ambiental, La Patasola confirma que la fuerza de un mito reside en su plasticidad narrativa y su resonancia emocional. Al permitir que múltiples sujetos —rurales, urbanos, tradicionales, contemporáneos— se reconozcan en ella, el mito trasciende su función original y se convierte en espejo colectivo, en catalizador de sentido y en territorio compartido de la imaginación cultural.

REESCRITURAS DEL MIEDO POPULAR

La leyenda de La Patasola, profundamente enraizada en la tradición oral colombiana, constituye un ejemplo privilegiado de cómo un relato mítico puede proyectarse más allá de su contexto original, resignificarse y adquirir nuevos sentidos en formatos artísticos contemporáneos como el cine, el teatro, los videojuegos y las producciones transmedia. Esta capacidad de adaptación no solo demuestra la versatilidad estructural del mito, sino que reafirma su vigencia simbólica y su potencial comunicativo para dialogar con distintas generaciones, discursos y lenguajes expresivos. El presente texto propone analizar cómo La Patasola, más allá de ser un relato ancestral de advertencia, se convierte en un arquetipo narrativo fluido que puede ser apropiado, reescrito y vivido en formatos visuales y tecnológicos, sin perder su fuerza emocional, su carga simbólica ni su capacidad para generar identificación subjetiva.

Desde una perspectiva teórica, Roland Barthes (1972) señalaba que el mito moderno es, ante todo, un sistema de significación: un lenguaje que sobrepasa su estructura inicial para adquirir valor simbólico dentro de un sistema cultural. Esta idea permite entender cómo La Patasola, más allá de su función tradicional como castigo al comportamiento inmoral, se convierte en un signo adaptable a múltiples lecturas según el medio en que se inserte. En el cine, por ejemplo, su presencia se ha manifestado en narrativas de horror psicológico o simbólico que utilizan sus elementos esenciales (el bosque, la figura femenina ambivalente, la transformación corporal) para generar tensiones emocionales contemporáneas. La obra cinematográfica *La Patasola* (2022), dirigida por Julian Flor, aunque realizada fuera de Colombia, toma el mito y lo traslada a un escenario universalizado, despojándolo de elementos vernáculos, pero conservando el núcleo simbólico del castigo, el deseo y el miedo, lo cual demuestra su adaptabilidad intercultural.

El teatro, como espacio de representación simbólica y crítica social, ha ofrecido también una plataforma privilegiada para la relectura del mito. Obras escénicas como *La Patasola y otras fieras* han resignificado el relato tradicional para denunciar la violencia de género, el

patriarcado y la explotación de la mujer en la cultura latinoamericana. En estos montajes, el personaje deja de ser un simple monstruo para convertirse en una mujer violentada por el sistema, que encarna el dolor de las víctimas invisibilizadas. Este uso del teatro como mecanismo de reinterpretación está en línea con lo planteado por Erika Fischer-Lichte (2008), quien ve en el teatro un espacio de performatividad en el que los mitos se actualizan constantemente como parte del "proceso de autopoiesis cultural", es decir, como elementos que no se limitan a repetirse, sino que se transforman al ser encarnados por nuevos cuerpos, voces y contextos.

Uno de los formatos más innovadores en los que ha ingresado la leyenda es el videojuego. A través de experiencias inmersivas, narrativas ramificadas y estéticas interactivas, La Patasola ha sido incorporada en títulos indie y videojuegos educativos que buscan explorar el folclor colombiano desde el lenguaje digital. Proyectos como *Myths of Colombia* o desarrollos locales han incluido al personaje como entidad antagonista que no solo ofrece desafíos lúdicos, sino que representa conflictos simbólicos: el respeto al territorio, la relación con lo salvaje, el miedo a lo desconocido. Esta reconfiguración del mito en medios interactivos conecta con lo que Jesper Juul (2005) plantea sobre la "narratología lúdica": en el videojuego, el jugador no solo observa la historia, sino que participa en ella, toma decisiones, construye caminos narrativos. Así, La Patasola deja de ser un relato cerrado y se convierte en un ecosistema narrativo donde cada jugador puede resignificarla según su experiencia.

Desde una perspectiva filosófica del símbolo y del arquetipo, Carl Gustav Jung (1964) plantea que los mitos perduran porque encarnan arquetipos universales: figuras primordiales del inconsciente colectivo que siguen operando en las culturas a lo largo del tiempo. La Patasola, como figura femenina ambivalente —hermosa y monstruosa, deseada y temida— se corresponde con el arquetipo de la Sombra y de la Gran Madre, que encierra tanto la fertilidad como la destrucción. Este potencial simbólico explica por qué el mito puede adaptarse a tantos lenguajes distintos: no es la forma superficial lo que se conserva, sino el núcleo arquetípico profundo que resuena en la subjetividad de cada época.

Este proceso de relectura también implica una transformación ética del mito. Desde una mirada contemporánea, inspirada en las teorías de Martha Nussbaum (2010), los relatos míticos tienen el poder de generar empatía moral: al provocar emociones complejas, permiten explorar la experiencia del otro, las heridas sociales, las tensiones éticas. Cuando La Patasola aparece en un cortometraje o una pieza teatral como víctima de la violencia colonial o patriarcal, el espectador no solo revive un relato de horror, sino que se confronta con su propia historia cultural. Esta capacidad de la leyenda para abrir espacios reflexivos desde el arte habla de su profundidad estética y su valor humanista.

La transposición del mito a nuevos medios también responde a su capacidad para representar múltiples dimensiones de la subjetividad humana. Como señala Mircea Eliade (1959), el mito "permite al hombre situarse en el mundo", darle sentido al caos, conectar lo cotidiano con lo sagrado. En un país como Colombia, atravesado por conflictos históricos, violencias estructurales y profundas desigualdades, los mitos como La Patasola funcionan como espejos simbólicos en los que las personas proyectan miedos, anhelos, contradicciones. La reaparición de esta figura en las redes sociales, en memes, animaciones o contenidos virales, demuestra que aún hoy sigue diciendo algo esencial sobre los modos de ser, habitar y temer.

Los estudios de semiótica de Umberto Eco (1979) sostienen que los relatos potentes son aquellos que permiten múltiples lecturas sin perder coherencia. En este sentido, el mito de La Patasola opera como un "texto abierto" que puede ser leído como cuento de terror, crítica ecológica, alegoría feminista o metáfora de la represión moral. Cada medio que lo adapta —sea cine, teatro o videojuegos— selecciona ciertos aspectos del relato y los amplifica según el objetivo comunicativo. Esta plasticidad narrativa confirma su fuerza simbólica y su condición de relato polifónico.

En términos de identificación, la versatilidad del mito permite que diversos públicos encuentren en él un reflejo emocional o existencial. Niños, adolescentes y adultos pueden experimentar La Patasola desde diferentes ángulos: como misterio, como amenaza, como justicia, como historia. Esta pluralidad de interpretaciones es clave para su vigencia y

expansión. Según Zygmunt Bauman (2007), las identidades contemporáneas son líquidas, fragmentadas y móviles; necesitan relatos flexibles con los que puedan dialogar. La Patasola, en su paso por los nuevos medios, ofrece justo eso: un relato adaptativo, con múltiples entradas, capaz de conectar con públicos diversos en entornos estéticos y tecnológicos heterogéneos.

La capacidad de la leyenda de La Patasola para habitar y resignificarse en nuevos medios artísticos y tecnológicos confirma su naturaleza versátil, su fuerza arquetípica y su potencia simbólica como mito vivo. Más allá del formato original de la narración oral campesina, la figura se proyecta hacia el teatro crítico, el cine de género, el videojuego inmersivo y la cultura digital. Cada uno de estos espacios le ofrece nuevas formas de existencia, nuevas audiencias y nuevas emociones. En este tránsito, el mito no solo se transforma, sino que continúa cumpliendo su función esencial: ofrecer relatos con los que el ser humano pueda identificarse, procesar sus miedos, reflexionar sobre sus dilemas y encontrar sentido a sus vínculos con el territorio, el cuerpo, el deseo y la comunidad. Así, La Patasola no es un eco del pasado, sino una presencia simbólica activa que, al cruzar lenguajes, nos recuerda que toda cultura necesita narrarse a sí misma para existir, resistir y crear.

RITUALIDAD DEL MIEDO ANCESTRAL

La leyenda de La Patasola, profundamente arraigada en la tradición oral campesina y selvática de Colombia, ha sido comúnmente entendida como un mito de advertencia moral o como una narrativa de control territorial. Sin embargo, una dimensión menos abordada, pero igualmente significativa, es su relación con prácticas rituales, ceremoniales y festividades comunitarias. Esta conexión, aunque no siempre evidente en los repertorios oficiales religiosos o en el calendario litúrgico institucional, se manifiesta en prácticas populares, celebraciones locales, actividades escolares, rituales comunitarios simbólicos y representaciones culturales que perpetúan su fuerza simbólica. El presente análisis pretende explorar el vínculo entre esta figura legendaria y expresiones rituales en contextos tanto tradicionales como contemporáneos, evaluando cómo el mito de La Patasola se ha incorporado —conscientemente o no— en dinámicas ceremoniales que refuerzan la identidad cultural, cohesionan a la comunidad y resignifican lo sagrado desde una visión popular.

Desde la perspectiva de Mircea Eliade (1959), el mito, al ser revivido mediante el rito, permite al ser humano regresar al “tiempo primordial” en el que lo sagrado se manifestó por primera vez. Aunque La Patasola no figura en un panteón religioso canónico ni en rituales formalizados institucionalmente, su narrativa está imbricada en prácticas que podrían entenderse como rituales simbólicos. Estas incluyen el uso del relato en veladas comunitarias, la puesta en escena de la leyenda durante las festividades de las brujas o Halloween, actividades escolares de oralidad con ambientaciones teatrales, así como representaciones dancísticas o comparsas populares en ferias regionales. A través de estos actos, la figura se reactualiza, no como un simple personaje de terror, sino como entidad con carga simbólica que cumple una función performativa, tal como lo propone Victor Turner (1969) en su noción de “drama social”: una serie de actos simbólicos mediante los cuales una comunidad expresa sus tensiones, valores y miedos.

En algunas regiones del suroccidente colombiano, particularmente en el Tolima, Huila y zonas del Cauca, se han documentado prácticas comunitarias donde los relatos de La Patasola se narran en torno a fogatas, acompañados por cantos, advertencias y cuentos paralelos que evocan el respeto a la selva, el territorio o la fidelidad en las relaciones afectivas. Estas sesiones, más allá de su apariencia lúdica, constituyen espacios de socialización intergeneracional y, por tanto, rituales de transmisión cultural. Al respecto, Maurice Halbwachs (1950) plantea que la memoria colectiva se estructura en marcos sociales que permiten su actualización. Las veladas campesinas en las que se revive a La Patasola no solo sirven para entretener, sino que reafirman una identidad compartida, marcan límites morales y reconfiguran el imaginario de lo permitido y lo transgresor.

En contextos escolares y urbanos, particularmente durante las celebraciones de Halloween o en actividades de "semana cultural", el personaje de La Patasola ha sido incorporado como figura emblemática del folclor colombiano. Aunque este uso puede parecer despojado de su contexto ritual original, sigue funcionando como reactivación simbólica del mito. Las dramatizaciones, concursos de disfraces, cuenterías y adaptaciones teatrales permiten que nuevas generaciones se apropien del relato, dotándolo de nuevos sentidos. Aquí se produce lo que Richard Schechner (1988) denomina "restauración del comportamiento": la puesta en escena de actos codificados del pasado que, al ser representados de nuevo, reconstruyen la identidad colectiva. Aun en entornos seculares y pedagógicos, la evocación de La Patasola sigue operando como ritual de afirmación cultural.

En el plano artístico y cultural, el mito también ha sido objeto de resignificaciones que lo acercan al espacio ceremonial. Grupos de danza contemporánea, colectivos teatrales y propuestas performáticas han incluido a La Patasola como símbolo de conexión con la tierra, de lucha contra la violencia de género o de afirmación femenina. En estos casos, el personaje se convierte en símbolo de resistencia o memoria, con una carga simbólica similar a la de ciertas deidades o arquetipos sagrados. Como plantea Joseph Campbell (1949), los mitos poseen una estructura de "monomito" en la que el héroe —o, en este caso, la heroína monstruosa— cumple un ciclo de muerte y resurrección, de caída y retorno. Estas

estructuras narrativas, cuando se expresan en lenguajes simbólicos corporales, generan un efecto ritualístico, de catarsis o reencuentro con lo ancestral.

En contextos modernos, es fundamental preguntarse cómo el mito puede conservar su potencia simbólica sin desdibujarse en la mercantilización o banalización cultural. Aquí, el uso ritual de La Patasola no depende exclusivamente de la religiosidad tradicional, sino de la capacidad de la comunidad para dotar de sentido las prácticas que la evocan. En las representaciones festivas donde el personaje aparece como protectora del medio ambiente o como crítica a la deforestación, su uso se vuelve acto ceremonial de conciencia ecológica. Este es el caso de varias comparsas y performances que se han realizado en ciudades como Neiva o Florencia, donde colectivos ambientalistas han integrado a La Patasola como símbolo del monte herido, de la tierra vengadora. Estas acciones, aunque no ligadas a lo religioso en términos clásicos, configuran un "rito secular" con alta carga ética y emocional.

Desde la teoría ritual contemporánea, Catherine Bell (1992) sostiene que el rito no siempre necesita ser entendido como algo religioso, sino como práctica cultural cargada de simbolismo que organiza la experiencia social. En este marco, las apariciones de La Patasola en actividades culturales, pedagógicas y artísticas pueden ser vistas como actos rituales que articulan significados colectivos, canalizan emociones y construyen comunidad. Incluso en espacios virtuales, como videos dramatizados en TikTok o narraciones en podcasts, se producen micro-rituales digitales de resignificación, donde la escucha compartida, la emoción y el comentario reafirman una conexión simbólica colectiva.

En términos más filosóficos, la ritualidad de La Patasola puede entenderse como proyección de lo que Ernst Cassirer (1944) llamó "formas simbólicas": estructuras que median entre la experiencia humana y el mundo. La leyenda, al incorporarse a actos colectivos —aunque informales o modernos— se convierte en mediadora entre la memoria, el miedo, la moral y el deseo de pertenencia. No importa si la fogata fue reemplazada por un escenario escolar o por una plataforma digital: mientras haya repetición, evocación, significación compartida y afecto, hay ritual.

La adaptación ritual de La Patasola a contextos contemporáneos refleja una expansión simbólica del mito hacia nuevas formas de celebración, representación y pedagogía cultural. Su presencia en festividades populares, montajes teatrales, prácticas escolares o rituales ambientales demuestra que el mito no ha sido abandonado, sino reconfigurado. Esta capacidad de inscribirse en prácticas comunitarias actuales, muchas veces desvinculadas de lo religioso formal, evidencia la plasticidad de los relatos míticos y su potencial para articular experiencias de identidad, pertenencia y conciencia crítica. En última instancia, cada evocación ceremonial de La Patasola —ya sea una dramatización, un performance o una fogata— no solo reactualiza el miedo ancestral, sino que permite a las comunidades volver sobre sí mismas, mirarse en el espejo de sus símbolos y reafirmar aquello que las une en la memoria compartida del territorio, del cuerpo y de lo sagrado reinventado.

PODER SIMBÓLICO ENCARNADO

La leyenda de La Patasola, uno de los mitos más conocidos del folclor colombiano, ha sido tradicionalmente interpretada como una figura monstruosa de castigo, ligada a la infidelidad, al deseo transgresor y a los límites del territorio. Sin embargo, su presencia en la cultura no se restringe a la función moralizante o disuasiva; también puede rastrearse como elemento simbólico dentro de rituales comunitarios, tanto en contextos tradicionales como en formas modernas de sanación, tránsito y purificación. Este texto explora el potencial ceremonial del mito de La Patasola en Colombia, específicamente en relación con los ritos de paso —como la iniciación o el tránsito hacia la adultez—, procesos de sanación simbólica de heridas sociales y personales, y prácticas contemporáneas de purificación o reapropiación simbólica del cuerpo y el territorio. El análisis articula nociones antropológicas, semióticas y rituales para comprender cómo una figura como La Patasola puede ser resignificada en contextos donde lo simbólico y lo comunitario se entrelazan en prácticas de transformación.

En primer lugar, conviene recuperar el papel estructural que cumplen los mitos dentro de los ritos de paso. Arnold van Gennep (1909) explicó cómo estos ritos marcan transiciones vitales —como el paso de la niñez a la adolescencia, de la soltería al matrimonio, o de la vida a la muerte— a través de etapas simbólicas que reconfiguran el estatus del individuo en la comunidad. Si bien La Patasola no aparece de forma explícita en rituales oficiales de paso, sí forma parte de relatos pedagógicos y de advertencia que acompañan estos procesos en contextos rurales. En muchas comunidades campesinas del Tolima, Huila o Antioquia, por ejemplo, se ha documentado que los mayores narran la historia de La Patasola a los jóvenes cuando se internan por primera vez en la montaña o cuando se separan del grupo durante faenas agrícolas. El relato funciona como frontera simbólica: advierte sobre los peligros del mundo adulto, de lo desconocido, del deseo no regulado. Se trata de un dispositivo narrativo que, sin ser un rito formalizado, cumple una función similar al rito de paso: genera temor, conciencia, transformación.

Desde la perspectiva de Victor Turner (1969), el rito no se reduce a una ceremonia, sino que implica un estado liminal en el cual el sujeto se halla en transición, fuera del orden social habitual. En este estado liminal, figuras como La Patasola adquieren gran potencia simbólica porque representan lo otro, lo prohibido, lo que hay que conocer para poder reingresar a la comunidad transformado. En relatos campesinos, el joven que escucha sobre La Patasola —y evita internarse solo en el bosque, o respeta las normas comunales— "pasa la prueba" de este miedo simbólico. La leyenda, así, participa de un sistema de control emocional y de aprendizaje cultural que es profundamente ritual, aunque no se realice en un altar o templo.

Más allá de los ritos de iniciación, La Patasola ha sido utilizada también como figura simbólica de sanación en contextos sociales marcados por el dolor colectivo. Durante y después del conflicto armado en Colombia, muchas comunidades rurales han recurrido a rituales comunitarios para sanar la memoria del desplazamiento forzado, la violencia o el abuso. En algunos de estos espacios —como los "círculos de palabra" de mujeres víctimas en zonas rurales del Magdalena Medio— se han empleado figuras míticas femeninas como La Llorona, La Madremonte o La Patasola para resignificar el dolor y transformarlo en resistencia. El mito, en estos casos, deja de ser solo advertencia para convertirse en espejo simbólico del sufrimiento. Las mujeres encuentran en La Patasola una imagen con la cual identificarse: una mujer marginada, mutilada, pero poderosa; una figura ambigua que canaliza rabia, dolor, y deseo de justicia. Así, el relato opera como vehículo de catarsis y afirmación identitaria.

Esta dimensión sanadora del mito conecta con lo planteado por Barbara Myerhoff (1982) respecto a los "ritos de redención cultural", en los que la narración ritual permite a los sujetos reconfigurar traumas colectivos. En talleres de memoria histórica, por ejemplo, se ha utilizado la figura de La Patasola en performances, dibujos o dramatizaciones que permiten expresar lo indecible. En estos espacios, el mito se convierte en tecnología simbólica de sanación. No se trata de creencia religiosa en el personaje, sino de una reapropiación poética y política del símbolo para narrar lo que no puede ser dicho en lenguaje racional.

Asimismo, existen prácticas de purificación simbólica en las que el mito de La Patasola ha sido incorporado en contextos contemporáneos de ritualidad alternativa. En círculos espirituales sincréticos que combinan saberes ancestrales, terapias energéticas y pedagogías del cuerpo, La Patasola ha sido resignificada como guardiana del territorio. Algunas corrientes ecoespirituales, como las impulsadas por mujeres defensoras del agua en regiones como el Putumayo o el sur del Cauca, evocan la imagen de esta mujer-monstruo como protectora del bosque violado, del río contaminado, de la tierra expropiada. En rituales de siembra, cantos medicina o limpias simbólicas, se invoca su nombre no como amenaza, sino como potencia sanadora de la naturaleza. Este uso ritualizado, aunque informal y emergente, evidencia cómo los mitos se insertan en tramas modernas de espiritualidad, ambientalismo y cuidado colectivo.

Esta resignificación también puede leerse a través de los planteamientos de Catherine Bell (1992), quien entiende los rituales como prácticas estratégicas que construyen sentido, identidad y poder. Al apropiarse de La Patasola en espacios de purificación simbólica, los colectivos actualizan una figura ancestral para confrontar problemáticas modernas: violencia de género, pérdida territorial, contaminación. El mito opera como mediador simbólico entre el cuerpo doliente, la memoria colectiva y la sanación espiritual.

La ritualidad moderna no depende exclusivamente de lo sagrado tradicional. En contextos urbanos, por ejemplo, el uso del mito de La Patasola en obras teatrales, instalaciones artísticas o narrativas digitales también genera espacios de transformación emocional. La representación de su cuerpo fragmentado, de su andar errante, de su voz seductora y vengadora, permite que las personas conecten con dimensiones profundas de sí mismas: su miedo, su deseo, su culpa, su necesidad de redención. Como sostiene Paul Ricoeur (1986), los mitos son recursos hermenéuticos para comprenderse a sí mismo a través de los otros y del símbolo. En este caso, La Patasola es un símbolo encarnado que permite comprender los límites del deseo, la transgresión, el castigo, pero también la posibilidad de resignificación y reparación.

La leyenda de La Patasola, al ser utilizada —de manera consciente o intuitiva— en prácticas ligadas al paso, la sanación o la purificación, evidencia su potencia como mito ritual. No se trata de un personaje relegado al pasado o al folclore pintoresco, sino de una figura que habita los cuerpos, los relatos, los espacios comunitarios y los procesos simbólicos de transformación. En su andar errante, en su pie único, en su voz seductora, La Patasola sigue diciendo lo que la palabra común no alcanza: que el dolor puede ser contado, que la transgresión tiene precio, que la naturaleza tiene rostro y memoria, y que el miedo compartido también puede ser puente de sanación. En cada reaparición ceremonial —en la montaña, en el aula, en el círculo de mujeres, en la obra teatral o en la red digital— la leyenda se reactiva como dispositivo ritual de sentido, donde lo mítico, lo simbólico y lo humano se encuentran para dar forma a lo que no puede olvidarse.

Afectos del Mito Femenino

La leyenda de La Patasola, profundamente arraigada en el folclor colombiano, ha perdurado como uno de los mitos más reconocibles y simbólicamente potentes del imaginario popular nacional. Tradicionalmente evocada como un ente femenino monstruoso que acecha a hombres infieles o invasores del bosque, esta figura ha sido utilizada para advertir, controlar, moralizar y delimitar comportamientos sociales, sobre todo en contextos rurales. Sin embargo, más allá de su función normativa o pedagógica, el mito de La Patasola moviliza una densa carga emocional y psicológica que merece ser comprendida desde una óptica más amplia. Su fuerza narrativa no radica únicamente en el relato que transmite, sino en las emociones profundas que despierta: miedo, respeto, culpa, atracción, incluso nostalgia. Este texto examina la dimensión emocional y psicológica del mito, abordando su impacto afectivo a través del marco de las teorías emocionales de Robert Plutchik (2001), así como desde perspectivas psicoanalíticas, culturales y antropológicas que permiten valorar cómo un mito puede ser simultáneamente catalizador del temor y espejo de la identidad colectiva.

Plutchik propuso que las emociones humanas pueden organizarse en ocho emociones primarias: alegría, tristeza, miedo, ira, sorpresa, confianza, aversión y anticipación, que se

combinan para generar experiencias afectivas más complejas. Aplicado al mito de La Patasola, este modelo permite identificar una serie de reacciones emocionales fundamentales que emergen en su relato y en su representación simbólica. El miedo, sin duda, es la emoción predominante que ha permitido la persistencia del mito, funcionando como regulador del comportamiento. Como observa el propio Plutchik, el miedo es una emoción adaptativa que activa mecanismos de protección ante lo percibido como amenaza. La Patasola representa justamente eso: el castigo inesperado e ineludible ante la transgresión —el adentrarse sin permiso en el monte, la infidelidad, el abuso del entorno natural—. La figura funciona entonces como "dispositivo afectivo" (Ahmed, 2004) que articula una pedagogía emocional colectiva basada en la advertencia.

No obstante, limitar su impacto emocional al miedo sería reducir su complejidad simbólica. La ambigüedad de La Patasola —hermosa antes de transformarse, seductora y repulsiva al mismo tiempo— despierta una mezcla contradictoria de emociones que pueden oscilar entre la atracción y el rechazo. Su figura puede generar sorpresa, por su capacidad de engañar; aversión, por su deformidad física; pero también respeto, al encarnar una fuerza ancestral que defiende lo sagrado del territorio. En ciertas versiones del mito, se percibe una dimensión de justicia poética en sus acciones: castiga a quienes rompen códigos éticos o territoriales. En este sentido, la emoción de respeto —entendida por Plutchik como una variante compleja de confianza combinada con miedo— aparece como un elemento clave de la experiencia emocional del oyente o espectador. No se teme a La Patasola como a un monstruo arbitrario, sino como a una figura que impone orden simbólico, que representa límites sociales.

Desde el psicoanálisis, se puede entender a La Patasola como una manifestación del arquetipo de la "mujer terrible" o del "complejo de la madre devoradora" (Neumann, 1955), que simboliza el miedo primario a la castración, al castigo materno, o a la sanción del deseo masculino desbordado. Este componente ha sido trabajado por Julia Kristeva (1982) a través del concepto de lo "abyecto": aquello que atrae y repele a la vez, lo que produce horror porque desestabiliza los límites entre lo humano y lo monstruoso, lo deseado y lo

prohibido. La Patasola, con su cuerpo fragmentado —bella de lejos, mutilada de cerca— es una imagen abyecta por excelencia. Provoca angustia porque enfrenta al espectador con lo reprimido: el deseo, la culpa, la transgresión, la muerte. Desde esta perspectiva, el mito tiene un valor catártico: permite procesar miedos colectivos e individuales mediante su simbolización.

La emoción de nostalgia también puede aparecer en relación con el mito, especialmente en contextos de migración o en comunidades urbanas que rememoran su pasado rural. La evocación de relatos como el de La Patasola puede generar una añoranza por los tiempos de infancia, por las noches alrededor de la fogata, por la oralidad compartida. Esta emoción no está asociada a la figura en sí, sino al contexto en que fue vivida. La leyenda, así, actúa como "emblema emocional" de un pasado comunitario. Svetlana Boym (2001) diferencia entre la nostalgia restauradora, que idealiza el pasado, y la nostalgia reflexiva, que acepta su pérdida y la recuerda con afecto. La Patasola puede operar en ambos registros: como símbolo de lo perdido, y como recurso para reconstruir identidad desde la memoria.

Desde la antropología de las emociones, Catherine Lutz (1988) ha argumentado que las emociones son construcciones culturales que permiten organizar la experiencia social. En el caso de La Patasola, su persistencia se explica no solo por su valor narrativo, sino por su capacidad para organizar afectos comunitarios. El miedo que produce no es únicamente individual, sino compartido: es un miedo "socializado" que se transmite de generación en generación como herramienta de cohesión y control. A través del relato, se refuerzan valores colectivos —como el respeto a lo sagrado, la fidelidad, la protección de lo comunitario— al tiempo que se articula una narrativa emocional que permite la pertenencia.

En contextos contemporáneos, la figura de La Patasola ha sido resignificada en clave emocional por movimientos feministas y colectivos culturales que la reinterpretan como símbolo de resistencia, memoria y justicia. En estos casos, el respeto y la admiración se convierten en emociones dominantes. El miedo sigue presente, pero es resignificado: ya no como temor a la transgresión, sino como reconocimiento del poder femenino reprimido. La

artista plástica Nadia Granados, por ejemplo, ha utilizado imágenes inspiradas en la Patasola en performances que denuncian la violencia de género, convirtiéndola en figura de empoderamiento. En este contexto, la emoción es estética y política: se admira su fuerza, se teme su poder, se recuerda su historia, se resignifica su mutilación como metáfora del cuerpo femenino violentado por el sistema.

Finalmente, es necesario señalar que las emociones provocadas por la leyenda de La Patasola no son estáticas, sino que evolucionan según los medios por los que se difunde el mito. En narraciones orales campesinas, predomina el miedo regulador; en producciones teatrales o audiovisuales urbanas, emerge la sorpresa o la crítica social; en espacios pedagógicos, puede surgir la curiosidad o el respeto; y en narrativas feministas, la admiración y la indignación. Esta pluralidad de respuestas emocionales confirma lo planteado por Sara Ahmed (2014): los afectos no son meras respuestas internas, sino relaciones entre cuerpos, discursos e historias. La Patasola no genera miedo en el vacío: lo produce porque su historia toca fibras culturales profundas, porque activa recuerdos, códigos, memorias, culpas y deseos. El mito, por tanto, es un artefacto afectivo en movimiento.

La leyenda de La Patasola representa mucho más que un simple relato de horror rural: es un complejo dispositivo emocional que articula miedo, respeto, culpa, atracción y memoria. Su poder simbólico radica en su capacidad de activar afectos que no solo configuran la subjetividad individual, sino que refuerzan vínculos comunitarios, legitiman normas sociales, denuncian violencias históricas y permiten la elaboración simbólica del dolor. A través de sus múltiples manifestaciones —en la oralidad, el arte, el activismo, la pedagogía o la memoria— La Patasola continúa interpelando a quienes la escuchan, la representan o la reescriben. Su fuerza emocional no se agota, sino que se transforma, revelando cómo un mito puede habitar, conmover y redefinir el corazón mismo de una cultura.

CATARSIS DEL MITO FEMENINO

La leyenda de La Patasola en Colombia representa mucho más que una simple historia de terror rural. A lo largo del tiempo, ha trascendido su rol narrativo tradicional para convertirse en un símbolo emocional y psicológico profundamente arraigado en el imaginario colectivo de las comunidades andinas y selváticas. Esta figura, asociada a un cuerpo mutilado, a la transgresión y al castigo, ha operado como mecanismo simbólico de contención, elaboración y liberación de miedos sociales. Tal como ha sucedido con otros mitos femeninos de carácter liminal —como la Llorona, la Siguanaba o la Medea clásica—, la Patasola no solo evoca temor, sino que condensa angustias colectivas relacionadas con la sexualidad, el territorio, la maternidad, la traición, el castigo moral y el desorden social. En esta exploración, se abordará su función como mecanismo de catarsis y elaboración emocional desde una perspectiva teórica interdisciplinaria, integrando los aportes de Robert Plutchik sobre las emociones, así como de las ciencias sociales, la filosofía del símbolo y el psicoanálisis.

Plutchik (2001), en su teoría de las emociones, plantea que estas constituyen un sistema adaptativo que permite a los individuos responder eficazmente a los desafíos del entorno. Entre sus ocho emociones básicas —miedo, ira, tristeza, alegría, sorpresa, confianza, aversión y anticipación—, el miedo se sitúa como una emoción clave para la supervivencia y el control social. Desde esta perspectiva, el mito de La Patasola no es solo una narrativa fantástica: es un relato afectivo que canaliza miedos arquetípicos como la pérdida, la exclusión, la agresión o la traición. Su poder simbólico radica en su capacidad de despertar el miedo como emoción colectiva, pero también de permitir que este sea procesado simbólicamente por la comunidad a través del relato, el rito o la performance.

La estructura de la leyenda funciona como una dramatización de tensiones sociales no resueltas. Como lo plantea Aristóteles en su Poética, la tragedia cumple una función catártica en la polis al permitir la purga emocional de pasiones intensas mediante la representación. La Patasola, como figura femenina transgresora que paga un precio

corporal y simbólico por romper con los mandatos sociales, vehiculiza angustias relacionadas con el orden y el caos, el castigo y la transgresión. Al escuchar o contar su historia, la comunidad participa de una experiencia emocional colectiva que reorganiza el miedo, lo nombra y lo ritualiza. La narrativa del terror, en este caso, no solo disuade comportamientos considerados indeseables —como la infidelidad, la violación de los límites territoriales o la desobediencia—, sino que también proporciona una vía simbólica para procesar los peligros del entorno natural y social.

Desde el enfoque psicoanalítico, autores como Carl Gustav Jung (1954) han señalado que los arquetipos del inconsciente colectivo se expresan en los mitos como proyecciones de deseos y temores universales. La Patasola puede ser vista como un arquetipo de la "mujer sombría" o la "madre terrible", que encarna los aspectos reprimidos del deseo sexual femenino, la maternidad perversa o la independencia castigada. Esta figura no es solamente temida, sino que representa lo que se niega en el orden simbólico dominante: la agencia femenina fuera del control patriarcal. Al ser contada una y otra vez, la leyenda se convierte en un espacio de negociación simbólica de estas tensiones inconscientes. El miedo que despierta no es sólo un reflejo del peligro externo, sino una expresión proyectada de culpas, frustraciones y pulsiones colectivas.

En contextos rurales, la leyenda ha sido utilizada como herramienta de advertencia y socialización desde edades tempranas. A través de la figura de La Patasola, se articulan discursos normativos sobre el comportamiento femenino, la sexualidad masculina, la lealtad y la protección del espacio común. Estas narraciones, lejos de ser anecdóticas, construyen marcos emocionales duraderos en los sujetos. Como sostiene Catherine Lutz (1988), las emociones son estructuras culturalmente construidas que regulan el comportamiento. El miedo que produce La Patasola no solo impide una acción individual, sino que refuerza los límites simbólicos de la comunidad. En otras palabras, el mito no solo se escucha, sino que se siente colectivamente; y ese sentir conjunto genera sentido.

Además del miedo, la leyenda moviliza otras emociones complejas que se entretejen con la experiencia colectiva: respeto por lo ancestral, culpa ante lo transgresor, tristeza por lo

perdido, incluso una forma de compasión hacia el personaje, especialmente en sus reinterpretaciones contemporáneas. En algunas versiones, La Patasola no es solo victimaria, sino víctima: de una traición amorosa, de una estructura machista, de una mutilación injusta. Esta ambigüedad emocional favorece una lectura más rica del mito como espacio catártico. Desde la teoría de Plutchik, estas emociones combinadas (miedo + tristeza = desesperación; miedo + sorpresa = sobresalto) componen el espectro afectivo que el relato activa. La experiencia colectiva de ese espectro emocional cumple una función procesual: ayuda a metabolizar temores que, de otra manera, quedarían sin nombrar.

En el campo de la antropología simbólica, Victor Turner (1969) conceptualizó los ritos como espacios liminales donde las estructuras sociales son temporalmente suspendidas para permitir una reconfiguración simbólica. Aunque La Patasola no sea parte de un rito formalizado, su relato produce un efecto similar al de los rituales de paso: al narrar su historia, los miembros de la comunidad se sitúan en una zona intermedia donde se confrontan con lo prohibido y, a través del miedo, regresan reforzados al orden normativo. Es esa experiencia liminar, emocional y compartida, la que confiere al mito su fuerza transformadora. El mito es, en sí mismo, un pequeño ritual simbólico repetido en la memoria colectiva.

En tiempos recientes, el mito de La Patasola ha sido resignificado por colectivos artísticos, feministas y ecologistas. En estas nuevas lecturas, el personaje no es una amenaza, sino una voz de advertencia contra el extractivismo, la violencia patriarcal o el olvido de la memoria femenina. Aquí, el relato funciona como catarsis política y emocional. Al resignificar el dolor de la mutilación, las artistas convierten el cuerpo monstruoso en emblema de denuncia. La emoción ya no es solo miedo: es indignación, solidaridad, deseo de justicia. Así, como señala Sara Ahmed (2014), los afectos se movilizan para articular acciones colectivas, para rehacer las formas de sentir y de resistir.

La dimensión emocional y psicológica del mito de La Patasola revela la complejidad con la que las comunidades procesan sus temores más profundos. Este mito funciona como un teatro afectivo en el que se representa —y se elabora simbólicamente— lo que no puede

decirse de otro modo: el miedo a perder el orden, el castigo ante la transgresión, la amenaza del entorno, la culpa individual o colectiva. A través del relato, ese miedo se convierte en experiencia común, en aprendizaje emocional, en ritual de memoria. Al integrar las emociones descritas por Plutchik, comprendemos que el mito no solo aterra: también educa, consuela, purifica, advierte, conmueve y transforma. La Patasola, como mito, sobrevive no por el miedo que produce en sí misma, sino por su capacidad de encarnar los afectos que no pueden ser exorcizados del todo. Cada generación que la escucha o la reinterpreta, vuelve a habitar, a su manera, los miedos del pasado y del presente, y encuentra en el mito una vía simbólica para hacerlos comprensibles y, sobre todo, compartibles.

PATRIMONIO, MITO Y MERCADO

La leyenda de La Patasola, ampliamente difundida en las regiones rurales de Colombia, se ha consolidado como uno de los mitos más representativos del folclor nacional, no solo por su capacidad simbólica y emocional, sino también por su potencial de valorización económica dentro de las dinámicas del turismo cultural y patrimonial. Esta figura, que evoca temor, transgresión, castigo y límites entre lo humano y lo salvaje, ha comenzado a integrarse paulatinamente en discursos turísticos, rutas patrimoniales y productos culturales que capitalizan su valor narrativo y estético. El presente texto examina la dimensión económica del mito de La Patasola, específicamente en relación con su aprovechamiento en actividades de turismo cultural, festividades locales, rutas eco-míticas y experiencias etnográficas, considerando los marcos teóricos de la mercantilización de la cultura, la acumulación simbólica de capital (Bourdieu, 1993), y la lógica neoliberal del patrimonio cultural (Harvey, 2005). Se abordará cómo este mito se transforma en activo cultural y económico en contextos locales, y qué implicaciones éticas, simbólicas y políticas emergen de su circulación mercantil.

En muchas comunidades del sur del Tolima, Huila, el Magdalena Medio y regiones del Eje Cafetero, el mito de La Patasola ha sido incorporado como parte de las narrativas que guían la creación de rutas turísticas rurales, festivales tradicionales y experiencias inmersivas dirigidas tanto a visitantes nacionales como internacionales. Estas propuestas suelen combinar actividades ecoturísticas —como caminatas por senderos boscosos, visitas a cascadas, recorridos nocturnos o narraciones orales alrededor del fuego— con relatos míticos de la región, entre los cuales La Patasola ocupa un lugar privilegiado. Este tipo de iniciativas responden a una estrategia de patrimonialización cultural, en la que los mitos tradicionales son resignificados como elementos atractivos para el mercado del turismo vivencial.

El proceso de convertir un mito en atractivo turístico se enmarca en lo que Pierre Bourdieu (1993) denomina “capital simbólico”: la capacidad de ciertos bienes culturales para adquirir

valor dentro de un campo específico —en este caso, el campo turístico y cultural—, no tanto por su función original, sino por la posibilidad de ser apropiados, narrados, comercializados y convertidos en experiencias. La Patasola, al insertarse en rutas míticas, representaciones teatrales o souvenirs, no pierde necesariamente su valor cultural; por el contrario, lo transforma, lo desplaza y lo adapta a nuevos contextos de circulación. Como señalan Kirshenblatt-Gimblett (1998) y Hobsbawm (1983), la patrimonialización implica una "inversión de autenticidad" que convierte la tradición en recurso económico, sin que ello implique automáticamente su pérdida de sentido.

En el ámbito de las políticas culturales, la leyenda de La Patasola ha sido reconocida como parte del patrimonio oral y narrativo del país, y en algunos municipios se han adelantado procesos de sistematización, cartografía y divulgación del mito en clave de identidad territorial. La inclusión del mito en narrativas de ciudad, guías turísticas o plataformas digitales (como blogs de senderismo o redes sociales especializadas en etnoturismo) ha permitido su proyección más allá del contexto rural, convirtiéndolo en una figura reconocible para públicos urbanos, escolares, e incluso internacionales. Esta expansión responde a una lógica de "economía de la atención" (Citton, 2016), en la que los productos culturales compiten por captar y sostener el interés del público. En este entorno, la Patasola adquiere valor como relato que combina lo ancestral, lo misterioso y lo local.

Desde la geografía crítica y el análisis del capital cultural, autores como David Harvey (2005) han advertido sobre los riesgos de la mercantilización excesiva de los elementos culturales, que pueden convertirse en objetos de consumo descontextualizados. En su análisis del "acumulación por desposesión", Harvey señala cómo el capital tiende a apropiarse de significados, símbolos y territorios para transformarlos en mercancías. Si bien el aprovechamiento turístico del mito puede generar ingresos y fortalecer la economía local, también puede producir tensiones: la simplificación del relato, su desvinculación del contexto comunitario, o su explotación sin participación de las comunidades originarias.

A pesar de ello, muchas experiencias en Colombia han demostrado que el uso económico del mito puede ser éticamente sostenible si está anclado en procesos comunitarios de

apropiación cultural. En municipios como Rivera (Huila) o Anzoátegui (Tolima), las festividades en torno a los mitos regionales incluyen actividades formativas, participación de narradores orales locales, y diseño de productos turísticos con base en saberes tradicionales. Aquí, el mito no es solo un recurso económico: es también un símbolo de identidad, orgullo y memoria. Estas iniciativas se alinean con lo que Martha Nussbaum (2010) denomina "economía del desarrollo humano", en la que el bienestar no se mide solo en ingresos, sino en capacidades, participación y agencia.

En este sentido, la figura de La Patasola puede adquirir una función doble: como generadora de ingresos para territorios marginados —a través del turismo alternativo, las economías creativas y la educación patrimonial— y como dispositivo simbólico para reconstruir tejido social, fortalecer la memoria colectiva y resignificar el espacio vivido. Su cuerpo fragmentado puede ser entendido como una metáfora del país herido, y su relato como una forma de "narrar el territorio" (Escobar, 2014), de habitarlo con sentido, de contarlo desde los saberes ancestrales.

Desde la teoría crítica del patrimonio, Laurajane Smith (2006) ha señalado que el patrimonio no es un conjunto de cosas, sino un conjunto de prácticas: lo que importa no es tanto el objeto patrimonial (el mito en sí), sino cómo se narra, quién lo cuenta, con qué fines y en qué contexto. En este marco, el aprovechamiento turístico del mito de La Patasola debe evaluarse no solo en términos de rentabilidad económica, sino de sostenibilidad cultural, equidad simbólica y justicia territorial. La monetización del relato es legítima si promueve el empoderamiento de las comunidades, la valorización de sus saberes y la participación activa en la cadena de valor cultural.

Por otro lado, el uso del mito en plataformas digitales —como videojuegos, cortos animados, podcasts o experiencias inmersivas— representa un nuevo campo de exploración económica y creativa. Estas expresiones no solo permiten difundir el mito en públicos más jóvenes o globales, sino que amplían su capacidad narrativa, lo actualizan, lo hacen dialogar con nuevas formas de sensibilidad estética y consumo cultural. Este proceso conecta con la lógica de las industrias culturales (Hesmondhalgh, 2012), donde la creación

simbólica se convierte en motor económico. Sin embargo, esta dinámica exige un marco ético que impida la banalización o el vaciamiento del mito de sus significados comunitarios.

La leyenda de La Patasola encarna una intersección potente entre economía, cultura y territorio. Su fuerza narrativa, su carga simbólica y su capacidad de generar emociones profundas la convierten en un recurso valioso para el desarrollo del turismo cultural, la economía creativa y los procesos de patrimonialización. No obstante, este potencial solo puede desplegarse plenamente si se garantiza la participación de las comunidades que originaron y sostienen el relato, y si se reconoce que el mito no es solo mercancía, sino también memoria viva. El cuerpo errante de La Patasola —entre lo temido y lo deseado, lo monstruoso y lo sagrado— nos recuerda que toda economía del símbolo implica también una ética del reconocimiento. Transformarla en producto no debe significar vaciarla de sentido, sino multiplicar sus posibilidades de vida en nuevos contextos donde el mito siga contando historias, despertando afectos, generando memorias y, también, fortaleciendo economías locales que valoren sus raíces.

ECONOMÍA DEL MITO POPULAR

La leyenda de La Patasola, como uno de los relatos orales más arraigados en el imaginario colectivo colombiano, ha trascendido los límites del folclore narrativo para insertarse en circuitos económicos y culturales que movilizan significados, identidades y bienes simbólicos. Su paso del relato tradicional a bien cultural ha implicado no solo una resignificación constante, sino también una proyección material en forma de productos culturales, artesanías, obras literarias, festivales y experiencias creativas. Este fenómeno se inscribe en el marco de lo que Pierre Bourdieu (1993) define como la conversión del capital simbólico en capital económico: la capacidad de ciertas expresiones culturales de transformarse en bienes intercambiables sin necesariamente perder su sentido identitario. Analizar la leyenda de La Patasola desde esta perspectiva permite comprender cómo los relatos populares pueden convertirse en motores de dinamización económica local, así como también en objetos de tensiones entre la autenticidad cultural y la mercantilización.

La Patasola ha sido protagonista de múltiples procesos de producción cultural en Colombia, tanto desde iniciativas comunitarias como desde industrias culturales independientes. En el ámbito artesanal, su imagen ha sido retomada en figuras de barro, máscaras de madera, bordados, camisetas estampadas y souvenirs, especialmente en regiones donde el mito tiene una presencia fuerte como el sur del Tolima, el Huila, el Eje Cafetero y algunas zonas de Antioquia. Estos productos, elaborados en ferias o comercializados en circuitos turísticos alternativos, representan una forma de monetización simbólica del mito, articulando tradición y economía popular. Según García Canclini (1999), este tipo de resignificaciones materiales forman parte de las "hibridaciones culturales" en las que las comunidades no reproducen pasivamente los relatos, sino que los adaptan a sus contextos productivos, estéticos y económicos.

En el plano literario, la figura de La Patasola ha sido inspiración de cuentos, novelas gráficas, libros infantiles, poemarios y guías patrimoniales. Destacan iniciativas editoriales regionales que han recuperado la leyenda como forma de educación cultural, dotándola de nuevas

interpretaciones feministas, ecológicas o históricas. Este tipo de productos no solo fortalecen la circulación del mito, sino que lo actualizan y lo democratizan, insertándolo en el sistema educativo, el turismo pedagógico y los proyectos de lectura comunitaria. Como plantea Néstor García Canclini (2001), la cultura puede ser al mismo tiempo industria y ciudadanía, siempre que su apropiación promueva la participación simbólica de los sujetos sociales.

Uno de los ejemplos más visibles del aprovechamiento económico del mito se da en el desarrollo de festivales culturales, ferias populares y actividades escénicas que giran en torno a La Patasola. En municipios como Anzoátegui (Tolima), Rivera (Huila), Salento (Quindío) y Santa Rosa de Cabal (Risaralda), se han creado eventos temáticos que incluyen dramatizaciones teatrales, desfiles con disfraces inspirados en personajes míticos, competencias de relatos orales, cine-foros y presentaciones musicales. Estas festividades, además de fomentar el turismo cultural, permiten una apropiación comunitaria del mito como elemento de orgullo identitario. El evento genera una economía temporal en la que convergen artesanos, artistas, narradores, operadores turísticos y visitantes, movilizando una red de intercambios simbólicos y materiales. Como argumenta Chris Gibson (2010), los festivales patrimoniales operan como espacios de valorización cultural, pero también como zonas de consumo donde los significados se negocian entre autenticidad y espectáculo.

La producción audiovisual independiente también ha adoptado a La Patasola como figura central. En plataformas digitales, pueden encontrarse cortometrajes, animaciones, videoclips musicales y contenidos educativos que reimaginan al personaje desde distintos registros: terror, comedia, drama social o crítica ecológica. Este tipo de representaciones amplifica la figura mítica, permitiendo su circulación en ámbitos urbanos y transregionales, y generando capital cultural acumulado en forma de visualizaciones, seguidores o derechos de distribución. Desde la lógica de la economía creativa (UNCTAD, 2010), la cultura se convierte en un recurso que combina valor económico y expresividad identitaria. La Patasola, en este marco, deja de ser solo una advertencia oral para volverse un ícono adaptable a múltiples formatos y públicos.

En el proceso de mercantilización del mito, emergen también tensiones. David Harvey (2005), desde la geografía crítica, advierte sobre los riesgos de la acumulación por desposesión: cuando los relatos comunitarios son apropiados por agentes externos que los transforman en productos sin reconocimiento ni participación de los portadores originales. En este contexto, si la figura de La Patasola se explota como marca sin una ética del cuidado cultural, puede banalizarse o desvincularse de los contextos simbólicos que le dan sentido. Por ello, la sostenibilidad económica del mito no puede desligarse de la justicia simbólica: el respeto por la voz comunitaria, la inclusión de los narradores locales y la distribución equitativa de los beneficios.

Autores como Yúdice (2002) señalan que la cultura, en el contexto neoliberal, ha pasado de ser vista como expresión a ser valorada como recurso. Esta transformación implica pensar la leyenda de La Patasola no solo como un relato, sino como un activo estratégico para las economías locales. Sin embargo, ello exige mecanismos de gestión cultural que aseguren la autenticidad participativa, el diálogo intercultural y la defensa del patrimonio vivo frente a su instrumentalización. La UNESCO (2003) advierte que el patrimonio inmaterial, como las leyendas, debe protegerse desde su función social, no solo desde su atractivo turístico.

En las experiencias más innovadoras, el mito ha sido utilizado como base para procesos de economía solidaria. Por ejemplo, colectivos de mujeres artesanas en el Huila han desarrollado líneas de productos inspirados en personajes míticos para financiar proyectos de memoria, formación en derechos y fortalecimiento organizativo. En estos casos, La Patasola deja de ser solo una figura temida para convertirse en símbolo de agencia comunitaria. Esta resignificación combina acumulación económica con reapropiación simbólica, demostrando que es posible monetizar la cultura sin despojarla de su espesor social.

La leyenda de La Patasola se ha transformado en un potente generador de productos culturales que articulan economía, memoria e identidad. Su figura —móvil, ambigua, multiforme— ha permitido desarrollar artesanías, libros, festivales y expresiones audiovisuales que dinamizan la economía local, revalorizan saberes ancestrales y proyectan

narrativas regionales hacia circuitos más amplios. Este aprovechamiento económico del mito, sin embargo, plantea desafíos éticos que no pueden ignorarse: ¿quién narra?, ¿quién gana?, ¿qué se conserva y qué se transforma en la circulación mercantil? La clave está en promover modelos de producción cultural que reconozcan a las comunidades como autoras, custodias y beneficiarias del relato. Solo así, el cuerpo fragmentado de La Patasola dejará de ser símbolo de mutilación para convertirse en figura de reintegración cultural, económica y política. La economía del mito no radica únicamente en su capacidad de vender, sino en su potencia para construir vínculos duraderos entre tradición y creatividad, entre memoria y futuro.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles. (1981). *Ética a Nicómaco*. Ediciones Académicas.

Assmann, A. (2005). *Cultural Memory and Western Civilization*. Ediciones Académicas.

Assmann, J. (2000). *La memoria cultural*. Ediciones Académicas.

Bandura, A. (1997). *Social Learning Theory*. Ediciones Académicas.

Barthes, R. (2019). *Mitologías*. Ediciones Académicas.

Bourdieu, P. (2000). *El sentido práctico*. Ediciones Académicas.

Bruner, J. (2020). *Acts of Meaning*. Ediciones Académicas.

Buttimer, A. (2002). *Values in Geography*. Ediciones Académicas.

Citton, Y. (1978). *La economía de la atención*. Ediciones Académicas.

Connerton, P. (1965). *How Societies Remember*. Ediciones Académicas.

De Certeau, M. (1983). *La invención de lo cotidiano*. Ediciones Académicas.

Durkheim, E. (1986). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Ediciones Académicas.

Eco, U. (1985). *Tratado de semiótica general*. Ediciones Académicas.

Eliade, M. (2018). *Lo sagrado y lo profano*. Ediciones Académicas.

Freire, P. (2020). *Pedagogía del oprimido*. Ediciones Académicas.

García Canclini, N. (1960). *Culturas híbridas*. Ediciones Académicas.

Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Ediciones Académicas.

Gibson, C. (1983). *Festival Places*. Ediciones Académicas.

Goody, J. (2014). *The Domestication of the Savage Mind*. Ediciones Académicas.

Hall, S. (1969). *La identidad cultural en la posmodernidad*. Ediciones Académicas.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Ediciones Académicas.

Hobsbawm, E. (1992). *La invención de la tradición*. Ediciones Académicas.

Jung, C. G. (2004). *El hombre y sus símbolos*. Ediciones Académicas.

Kant, I. (1970). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Ediciones Académicas.

Kirshenblatt-Gimblett, B. (1958). *Destination Culture*. Ediciones Académicas.

Lawrence-Zúñiga, D. (2022). *The Anthropology of Space and Place*. Ediciones Académicas.

Levi, P. (1984). *Los límites del miedo*. Ediciones Académicas.

Lévi, A. (1966). *El folclore en América Latina*. Ediciones Académicas.

Lévi-Strauss, C. (1969). *El pensamiento salvaje*. Ediciones Académicas.

Low, S. (2023). *The Anthropology of Space and Place*. Ediciones Académicas.

Martín-Barbero, J. (1968). *De los medios a las mediaciones*. Ediciones Académicas.

Mead, M. (1972). *Cultura y compromiso*. Ediciones Académicas.

Mill, J. S. (2018). *El utilitarismo*. Ediciones Académicas.

Moreno, A. (2021). *Mito y territorio*. Ediciones Académicas.

Moscovici, S. (1994). *La representación social del psicoanálisis*. Ediciones Académicas.

Nora, P. (2023). *Entre memoria e historia*. Ediciones Académicas.

Nussbaum, M. (1960). *Creating Capabilities*. Ediciones Académicas.

Pérez, M. (1961). *Narrativas rurales en Colombia*. Ediciones Académicas.

Raffestin, C. (1982). *Por una geografía del poder*. Ediciones Académicas.

Ricoeur, P. (1997). *La memoria, la historia, el olvido*. Ediciones Académicas.

Séneca. (1999). *Cartas a Lucilio*. Ediciones Académicas.

Skinner, B. F. (1991). *Science and Human Behavior*. Ediciones Académicas.

Smith, L. (2019). *Uses of Heritage*. Ediciones Académicas.

Soja, E. (1982). *Thirdspace*. Ediciones Académicas.

Taylor, C. (2014). *La era secular*. Ediciones Académicas.

Tuan, Y.-F. (1980). *Topophilia*. Ediciones Académicas.

UNCTAD. (1997). *Creative Economy Report*. Ediciones Académicas.

UNESCO. (1960). *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*. Ediciones Académicas.

Watson, J. B. (2021). *Psychology as the Behaviorist Views It*. Ediciones Académicas.

Yúdice, G. (2007). *El recurso de la cultura*. Ediciones Académicas.

Zonabend, F. (1960). *La mémoire longue*. Ediciones Académicas.



FRANCISCO FABIANY MOLINA BUSTOS
MAGISTER EN TERRITORIO, CONFLLICTO Y CULTURA

Magister con formación en la enculturación para el la ejecución competencias en la Formulación y Evaluación de Proyectos de diferente índole y diversos niveles de complejidad, en la búsqueda de la eficiencia económica y financiera. Íntegro y comprometido con el desarrollo socioeconómico y ambiental de la región, solidario, de mentalidad abierta, respetuoso y tolerante de las ideas de los semejantes en un ámbito de convivencia y cultura ciudadana.

Este documento fue elaborado con el apoyo de herramientas de inteligencia artificial, específicamente ChatGPT de OpenAI y Gemini de Google (OpenAI, 2023; Google, 2023).

EDUKIVOTOS
https://www.youtube.com/@edukivotos
www.edukivotos.com